Omraam Mikhaël Aïvanhov

la energía sexual o el Dragón alado

Colección Izvor

EDICIONES PROSVETA

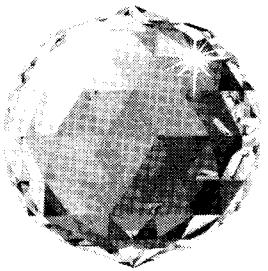
la energía sexual
o
el Dragón alado

Traducción del francés
título original : LA FORCE SEXUELLE
OU LE DRAGON AILÉ

Omraam Mikhaël Aïvanhov

la energía sexual o el Dragón alado

4.ª edición



Colección Izvor
N.º 205

EDICIONES **PROSVETA**

Del mismo autor:

Traducciones del francés

Colección Izvor

201 – Hacia una civilización solar
202 – El hombre a la conquista de su destino
203 – Una educación que comienza antes del nacimiento
204 – El yoga de la nutrición
205 – La energía sexual o el Dragón alado
206 – Una filosofía de lo Universal
207 – ¿Qué es un Maestro espiritual?
208 – El egregor de la Paloma o el reino de la paz
209 – Navidad y Pascua en la tradición iniciática
210 – El árbol de la ciencia del bien y del mal
211 – La libertad, conquista del espíritu
214 – La galvanoplastia espiritual y el futuro de la humanidad
216 – Los secretos del libro de la naturaleza
217 – Nueva luz sobre los Evangelios
218 – El lenguaje de las figuras geométricas
219 – Centros y cuerpos sutiles
220 – El zodíaco, clave del hombre y del universo
221 – El trabajo alquímico o la búsqueda de la perfección
222 – La vida psíquica: elementos y estructuras
223 – Creación artística y creación espiritual
224 – Poderes del pensamiento
226 – El Libro de la Magia divina
227 – Reglas de oro para la vida cotidiana

© Copyright 1990 reservado a Editions Prosveta S.A. para todos los países, incluida la U.R.S.S. Prohibida cualquier reproducción, adaptación, representación o edición sin la autorización del autor y del editor. Tampoco está permitida la reproducción de copias individuales, audio-visuales o de cualquier otro tipo sin la debida autorización del autor y del editor (Ley del 11 de Marzo 1957, revisada).
Editions Prosveta S.A. – B.P. 12 – 83601 Fréjus Cedex (France)

ISBN 2-85566-249-4
édition originale: ISBN 2-85566-345-8

El lector comprenderá mejor ciertos aspectos de los textos del Maestro Omraam Mikhaël Aïvanhov presentados en este volumen, si tiene en cuenta que se trata de una Enseñanza estrictamente oral.

I

EL DRAGÓN ALADO

En todas las tradiciones populares, en los cuentos, en las mitologías, encontramos la imagen de la serpiente o del dragón, cuyo simbolismo es más o menos parecido en una u otra cultura. Innumerables cuentos hablan de un dragón que tiene prisionera en un castillo a una bella princesa inocente y pura. La pobre princesa llora, languidece y suplica al cielo que le envíe un salvador. Pero uno tras otro, los caballeros que se presentan para liberarla son devorados por el dragón, que se apodera de sus riquezas y las guarda en los subterráneos del castillo. Por fin, un día llega un caballero, un príncipe más noble, más bueno y más puro que los demás, al que un mago le ha revelado el secreto para vencer al dragón, su debilidad; el momento y la manera en que puede atarlo o herirlo... Y he aquí que este príncipe privilegiado, bien armado e instruido, obtiene la victoria: consigue liberar a la princesa y entonces, ¡qué dulces besos se

dan! Todos los tesoros acumulados durante siglos en el castillo pertenecen a este caballero, a ese buen príncipe que ha salido victorioso del combate gracias a sus conocimientos y a su pureza. Después, ambos se suben en el dragón que conduce el príncipe y recorren el mundo volando por el espacio.

Este tipo de cuentos que, en general, creemos reservados a los niños, son, en realidad, cuentos iniciáticos, pero para poder interpretarlos es necesario conocer la ciencia de los símbolos. El dragón no es otra cosa que la energía sexual. El castillo es el cuerpo del hombre. En ese castillo suspira la princesa, es decir, el alma, que la energía sexual incontrolada retiene prisionera. El caballero es el ego, el espíritu del hombre. Las armas de las que se sirve para vencer al dragón representan los medios de que dispone el espíritu : la voluntad y la ciencia para dominar y utilizar esta fuerza. Por lo tanto, una vez dominado, el dragón se convierte en el servidor del hombre, que lo usa de montura para viajar por el espacio. Es el dragón alado. Aunque se le representa con una cola de serpiente – símbolo de las fuerzas subterráneas – también posee alas. Pues sí, está claro, es muy sencillo, es el eterno lenguaje de los símbolos.

Encontramos una variante de esta aventura en la historia de Teseo, quien, gracias al hilo que

le había dado Ariadna, pudo orientarse a través del laberinto, matar al Minotauro y encontrar la salida. El Minotauro es otra representación de la energía sexual, es el toro poderoso y prolífico, y por lo tanto, es la naturaleza inferior, a la que debemos sujetar al yugo para trabajar la tierra como lo hace el buey. El laberinto tiene la misma significación que el castillo; es el cuerpo físico, y Ariadna representa el alma superior que conduce al hombre hacia la victoria.

En las tradiciones judías y cristianas, el Dragón es representado por el Diablo, y el Diablo, como todos sabemos, huele a azufre. Todos esos productos inflamables como la gasolina, el petróleo, la pólvora, esas mezclas de gases que producen llamaradas y detonaciones, son precisamente, en la naturaleza, el Dragón que escupe fuego. Ese Dragón, que existe también en el hombre, es comparable a un combustible. Si el hombre sabe servirse de él, ascenderá a las alturas pero, si no sabe utilizarlo porque es ignorante, negligente o débil, será quemado, reducido a cenizas o precipitado al abismo.

II

AMOR Y SEXUALIDAD

I

Pregunta: «Maestro, ¿querría usted decirnos la diferencia que existe entre el amor y la sexualidad, y cómo podemos utilizar la sexualidad en la vida espiritual?»

He aquí una pregunta muy interesante, que atañe a lo más importante que hay en la vida, y que concierne a todo el mundo. Sí, tanto a los jóvenes como a los viejos...

Yo no diría que estoy cualificado para responder a todas las preguntas que comporta este problema. Lo único que me diferencia de los demás, es que me gusta ver las cosas desde un cierto punto de vista, y he consagrado toda mi vida a la adquisición de este punto de vista. En primer lugar, os diré unas palabras para que no empecéis a criticarme diciendo: «Yo he leído libros sobre el amor y la sexualidad donde decían muchas más cosas. ¡Qué ignorante es

este Maestro!» Pues sí, soy ignorante, ¿por qué no? Pero los que han escrito esos libros no tenían mi punto de vista y no han entendido esta cuestión como yo la entiendo. Podéis, por lo tanto, si así lo queréis, informaros leyendo todo lo que los psicoanalistas y los médicos han escrito sobre la sexualidad, pero yo quiero llevaros hacia otro punto de vista casi desconocido hasta ahora.

¿Cuál es este punto de vista? Me ha entretenido en representarlo mediante la siguiente imagen. Un profesor diplomado en tres o cuatro universidades trabaja en su laboratorio donde hace todo tipo de investigaciones y experiencias... Pero he aquí que su hijo de doce años, que está jugando en el jardín, se ha subido a un árbol, y desde allí arriba grita: «Papá, veo llegar a mi tío y a mi tía...» El padre, que no ve nada, pregunta al niño: «¿A qué distancia están? ¿qué traen?» Y el niño le da toda la información. A pesar de toda su ciencia, el padre no ve nada, mientras que el niño, que es pequeño ignorante, es capaz de ver muy lejos, simplemente porque su punto de vista es diferente: él ha subido muy alto, mientras que su padre se ha quedado abajo.

Evidentemente, esto no es más que una imagen, pero os hará comprender que si bien es útil tener facultades y conocimientos intelectuales,

el punto de vista es todavía más importante. Según observemos el universo desde el punto de vista de la tierra o desde el punto de vista del sol, obtenemos resultados muy diferentes. Todo el mundo dice: «El sol sale, el sol se pone...» Sí, es cierto, pero también es falso. Es cierto desde el punto de vista de la tierra; desde el punto de vista geocéntrico tenéis razón. Pero desde el punto de vista heliocéntrico, del sol, es falso.. Todos miran la vida desde el punto de vista de la tierra, y, evidentemente, desde ese punto de vista tienen razón. Ellos dicen: «Hay que comer, ganar dinero, disfrutar de los placeres...» Pero si se situasen en el punto de vista solar, es decir, en el punto de vista divino, espiritual, verían las cosas de manera distinta. Y es ese punto de vista el que yo poseo, el que me permite presentaros la naturaleza del amor y de la sexualidad de una manera totalmente diferente.

En principio, parece difícil separar la sexualidad del amor. Todo viene de Dios, y todo lo que se manifiesta a través del hombre como energía, es, en su origen, una energía divina; pero esta energía produce efectos diferentes según el conductor a través del cual se manifiesta. Podemos compararla con la electricitad. La electricidad es una energía de la que ignoramos su naturaleza, pero cuando pasa a través de una lámpara se convierte en luz; al pasar por un

radiador, se manifiesta como calor; al pasar por un imán se convierte en magnetismo; al pasar por un ventilador se transforma en movimiento. De la misma manera, existe una fuerza cósmica original que adopta uno u otro aspecto según el órgano del hombre a través del cual se manifiesta. A través del cerebro, se convierte en inteligencia, raciocinio; a través del plexo solar o del centro Hara, se convierte en sensación y sentimiento; cuando pasa por el sistema muscular, se manifiesta como movimiento; y cuando pasa por los órganos genitales, se traduce en atracción por el otro sexo. Pero siempre es la misma energía.

Le energía sexual viene, pues, de muy alto, pero al pasar por los órganos sexuales, produce sensaciones, una excitación, un deseo de acercamiento, y cabe perfectamente que en esas manifestaciones no haya absolutamente ningún amor. Es lo que ocurre en los animales. En ciertos períodos del año, se acoplan, pero ¿lo hacen por amor? A veces se destrozan, y en cierta clase de insectos, como la mantis religiosa, o en ciertas arañas, la hembra se come al macho. ¿Es eso amor? No, es pura sexualidad. El amor comienza cuando esta energía pulsa al mismo tiempo otros centros en el hombre: el corazón, el cerebro, el alma y el espíritu. Llegado a ese punto, esta atracción, este deseo que tenemos de unir-

nos a alguien, se clarifica, se ilumina mediante pensamientos y sentimientos, mediante un gusto estético; ya no buscamos una satisfacción puramente egoísta en la que no contamos en absoluto con la pareja.

El amor es sexualidad, si así lo queréis, pero expandida, iluminada, transformada. El amor posee tal cantidad de grados y manifestaciones, que resulta imposible enumerarlas y clasificarlas. Puede ocurrir, por ejemplo, que un hombre ame a una joven y bella mujer, pero sin ser apenas atraído físicamente por ella: él quiere, por encima de todo, verla feliz, con buena salud, instruida, rica, bien situada en la sociedad, etc... ¿Cómo explicar eso? Eso no es únicamente sexualidad, sino amor; y es, por lo tanto, un grado superior. Pero debe haber, a pesar de todo, un poco de sexualidad en este amor, porque podemos hacernos la siguiente pregunta: ¿Por qué este hombre no se ha unido a otra persona, a una mujer vieja y fea, o a otro hombre? Sí, si analizamos, descubriremos indicios de sexualidad.

La sexualidad... el amor... no son, por lo tanto, más que una cuestión de grados. Es amor en el momento en que no os quedáis solamente con algunas groseras sensaciones físicas, sino que sentís los grados superiores de esta fueza cósmica que os invade, y comunicáis con las regiones

celestes. Pero, cuánta gente, una vez saciado su deseo, se separa o incluso empieza a pelearse. Lo único importante para ellos es descargar, liberar una tensión, y si al cabo de algún tiempo esta energía se acumula de nuevo en ellos, vuelven sonrientes y tiernos, pero el único fin es el de satisfacer de nuevo su animalidad. ¿Qué amor hay ahí?

Es normal que tengamos necesidades y deseos, sobre todo cuando somos jóvenes. La naturaleza, que lo ha previsto todo, ha creído que eso era necesario para la propagación de la especie. Si el hombre y la mujer se quedasen fríos el uno ante el otro, si estuviesen libres de sus impulsos e instintos, se habría terminado la humanidad. Es, por lo tanto, la naturaleza la que empuja a las criaturas a unirse físicamente, pero el amor es otra cosa.

Podríamos decir que la sexualidad es una tendencia puramente egocéntrica que empuja al ser humano a no buscar nada más que su placer, y ello puede llevarle a la mayor crueldad, porque él no piensa en el otro, sólo busca satisfacerse. Mientras que el amor, el verdadero amor, piensa en primer lugar en la felicidad del otro, está basado en el sacrificio; sacrificio de tiempo, de energía, de dinero para ayudar al otro, para permitirle expansionarse y desarrollar todas sus posibilidades. Y la espiritualidad comienza, pre-

cisamente, cuando el amor domina a la sexualidad, cuando el ser humano se vuelve capaz de arrancar algo de sí mismo para el bien del otro. Mientras no se es capaz de privarse de algo, no hay amor.

Cuando un hombre se arroja sobre una joven, ¿piensa en el daño que puede hacerle? No, él es capaz de matarla para satisfacer sus instintos. Eso es la sexualidad, un instinto puramente bestial.

Diréis: «Es evidente, no hay nada de divino ahí» Sí, pero la sexualidad es de origen divino, sin embargo, mientras el ser humano no sepa dominarse, sus manifestaciones, evidentemente, no son divinas. Lo que hay de positivo en la sexualidad es que trabaja en la propagación de la especie, pero si sólo la orientamos hacia el placer, la desperdiciamos. Actualmente se han inventado cosas increíbles en ese campo. Está la píldora, naturalmente, pero también se venden una gran cantidad de productos y de objetos que ni siquiera quiero nombrar. No se trata aquí de la propagación de la especie, sino exclusivamente del placer.

No me detendré en esta cuestión para discutir si esas cosas deben existir o no. En el actual estado de la humanidad, incluso los moralistas y los religiosos encuentran necesario e inevitable que existan, porque la naturaleza inferior, la

naturaleza animal en el hombre, es todavía tan fuerte, que si no la dejáramos manifestarse, produciría fenómenos todavía más perjudiciales. Por lo tanto, no quiero discutir sobre ello, digo únicamente que es una pena que no se instruya a los humanos sobre las ventajas de controlar esta energía, y de utilizarla para un fin divino o para realizar trabajos espirituales, en lugar de recurrir a todo tipo de productos y de utensilios para encenagarse en el placer.

En sus manifestaciones externas no hay ningún tipo de diferencia entre el amor y la sexualidad; son los mismos gestos, los mismos abrazos, los mismos besos... La diferencia está en la dirección que toman las energías.

Cuando únicamente os impulsa la sensualidad, no os preocupáis de la otra persona, mientras que si la amáis, pensáis, sobre todo, en hacerla feliz. La sexualidad y el amor no se diferencian mucho en el plano físico, solamente se diferencian en el plano invisible, psíquico, espiritual. Y, ¿cómo? Eso es precisamente lo que quiero revelaros.

Aquellos que han estudiado la cuestión de la sexualidad, los fisiólogos, los psiquíatras, los psicólogos, no han descubierto lo que pasa en el mundo sutil, etérico, durante el acto sexual. Ellos saben que se producen excitaciones, tensiones, emisiones, e incluso las han clasificado.

Pero no saben que cuando se trata de la sexualidad puramente física, biológica, egoísta, se producen en los planos sutiles todo tipo de erupciones volcánicas que se manifiestan bajo formas groseras, emanaciones muy densas con colores deslucidos, inarmónicos, donde predomina el rojo, pero un rojo sucio... Y todas esas emanaciones se precipitan en la Tierra donde criaturas tenebrosas esperan para comer y darse un festín con esas energías vitales. Son criaturas poco evolucionadas que, a menudo, se alimentan junto a los enamorados. Os sorprendéis, pero es la verdad; los enamorados dan festines en el mundo invisible.

En el pasado, generalmente, con ocasión de un nacimiento, de una boda o una victoria, los reyes y príncipes daban festines públicos que duraban varios días. Entonces, todos los mendigos, los vagabundos, los desheredados, iban a satisfarcerse, porque distribuían comida a todo el mundo. Como podéis ver, se repite el mismo fenómeno, pero bajo una forma que la ciencia todavía no ha descubierto. Cuando un hombre y una mujer se atraen, se aman y se unen, también dan un festín, y éste se ofrece públicamente ante muchas otras criaturas. Aunque su unión quede en secreto, reciben visitas del mundo invisible, y desgraciadamente se trata de larvas elementales que vienen a deleitarse a sus expensas y a absor-

berlo todo, porque en esas efusiones había muy pocos elementos para el alma, para el espíritu, para el lado divino.

Por esa razón, los intercambios que hacen los enamorados raramente les aportan grandes beneficios; al contrario, incluso se empobrecen: en su mirada, en el color de su cara, en sus movimientos y en toda su manera de ser, aparece algo que no es tan vivo y luminoso. Es porque su amor, todavía demasiado inferior, ha atraído criaturas tenebrosas. ¿Por qué no invitaron a los espíritus de la naturaleza o incluso a los ángeles y a todos los espríritus luminosos que también tienen necesidad de alimentarse?...

Cuando un mago quiere hacer una ceremonia, comienza por trazar un círculo alrededor de sí mismo para protegerse, y los espíritus malignos están ahí, dando vueltas a su alrededor, amenazándole e intentando dañarle, pero no pueden entrar, porque en ese círculo el mago está protegido como en una fortaleza. Pero nunca hemos enseñado a los hombres ni a las mujeres a protegerse de las entidades tenebrosas; ello me llevó un día a decir algo muy osado: que la raíz de todas las desgracias de la humanidad es el amor inferior de los hombres y las mujeres. Sí, si se producen guerras y epidemias es a causa de aquellos que hacen el amor como animales, de forma estúpida, desagradable, infernal. Porque

de esa manera vitalizan a todos los espíritus deseosos de hacer mal a la humanidad, les alimentan, les dan fuerza. Si los hombres y mujeres supieran esto, estarían tan tristes y se sentirían tan desgraciados y asqueados por lo que hacen, que intentarían aprender cómo amar.

La espiritualización del amor es la condición básica para la venida del Reino de Dios. Por lo tanto, aquellos que ven claro, aquellos que tienen un alto ideal del amor, que sepan que pueden servir al Reino de Dios con esta fuerza que es la energía sexual; así pues, que se amen, que se besen, pero con la idea de consagrar este amor a la realización de algo divino. En ese momento producirán emanaciones de tal belleza, que los mismos ángeles quedarán sorprendidos, maravillados, y vendrán a aportarles regalos.

Por lo tanto, lo repito, sea cual fuere la naturaleza de vuestro amor, los gestos son siempre los mismos: debéis acercaros al ser que amáis, abrazarle, besarle, acariciarle; no cambia nada. La diferencia está en la intención de los gestos, eso es lo que cuenta. Alguien dirá: «¡Ah! yo he visto a tal besar a cual», y les condena. El Cielo no mira eso, sino que mira lo que han puesto en su beso: si ellos se han dado algo bueno, puro, el Cielo les recompensa. En la tierra posiblemente se les condena por ignorancia, pero en lo alto se les recompensa.

Si introducís en vuestro amor la vida eterna, la inmortalidad, la pureza, la luz, y aquél a quien amáis crece, avanza y se expande gracias a vosotros, entonces es verdaderamente amor, porque el verdadero amor lo mejora todo. Pero si amáis a alguien y él va menguando, debéis cuestionaros sobre la bondad de vuestros sentimientos y deciros: «He aquí que estoy empujando a este ser al abismo. Antes era magnífico y ahora es una ruina». No tenéis, por lo tanto, motivo para estar muy orgullosos, y debéis buscar la manera de reparar vuestros errores.

Vuestro amor debe hacer crecer a los demás. Y únicamente cuando les veáis expandirse gracias a vuestro amor, podéis ser felices, sentiros orgullosos y dar gracias al Cielo por haber conseguido ayudarles y protegerles. Pero, en general, la gente no se ocupa de esas cosas, y enseguida vienen a decirme: «La amo, la amo... – Sí, respondo, ya sé que la amáis, pero como a una gallina que metéis en la cazuela para comerla: la amáis, la devoráis, y punto». No, el amor no debe nunca devorar ni arruinar a los seres... Ved que el amor, tal como yo lo entiendo, es muy diferente de como la gente o la juventud, que no ven muy claro, pueden imaginar.

Los humanos no saben amar, y para justificarse me dirán: «Maestro, usted no conoce la

naturaleza humana, es terrible». Ah, bueno, así que yo no conozco la naturaleza humana... Pero yo les responderé que de la misma manera que han convertido la naturaleza humana en algo difícil de dominar, también pueden volverla sensata y ennoblecerla. En el pasado no se esforzaron, como consecuencia, ahora han recibido una naturaleza muy difícil. Así es como se explica; es culpa suya, imposible justificarse. Muchos deciden no esforzarse más porque creen que no es posible cambiar. Sí, es posible. Y de ahora en adelante, cuando os encontréis ante grandes obstáculos, debéis decir: «El Maestro nos ha hablado de este amor y quiero llegar a conocerlo». ¿Por qué objetar que la realidad es diferente de como os la presento? Eso es: la realidad, ¡como si esa palabra pudiese excusarlo todo! Pero hay realidades y realidades.

Yo no niego que la sexualidad sea una realidad, pero, ¿ por qué quedarse en esta realidad tan inferior y grosera? Existe otro grado de realidad también, sólo que más sutil. Ciertos seres han llegado a entender y a vivir esta realidad, y ahora, por nada del mundo podréis converceles para que la abandonen y vuelvan hacia atrás, porque no quieren. Pero, desgraciadamente, tampoco podéis convencer a los demás para que intenten elevar el grado de su amor; ellos des-

cuidan todas esas grandes verdades que pueden salvarles, continúan descendiendo hacia la animalidad, y luego, evidentemente, se encuentran destrozados. Es normal, su amor sólo podía ser maravilloso durante algunos minutos; después todo es ceniza, escoria. Decimos: «¡Era tan bello!» Sí, lo era... pero ya no lo es, no ha durado; el oro se convirtió en plomo. Mientras que el amor celeste sigue siendo eternamente oro, nada puede oxidarlo.

El hombre tiene una herencia y debe luchar contra ella; desde hace miles de años, el género humano se ha ido formado un determinado concepto de amor que ha quedado grabado en nuestras células y es difícil borrarlo. Pero, a pesar de que no consigáis transformar vuestra concepción del amor de un día para otro, no debéis dejar de creer lo que dicen los grandes Maestros. El que no consigáis cambiar, significa simplemente que estáis deformados o que sois débiles, pero no que los Iniciados os engañen.

Cuantas más tendencias inferiores tengáis, más obligados estaréis a satisfacerlas. Pero eso no debe impediros creer que es posible mejorar. Y el día en que consigáis desarrollar otras tendencias sublimes y divinas, nadaréis en el océano del Amor Cósmico, mientras que antes os alimentábais de algunas gotas esparcidas por aquí y por allá. (Y todavía para encontrarlas, ¡qué vida

de decepciones y desgracias!) Ahora que estáis sumergidos en este océano cósmico, bebed de él y no tendréis necesidad de ir a robar algunas gotas de amor a los demás.

Yo sé que lo que digo será incomprensible para algunos. Pero que hagan lo que puedan, con la esperanza de que después de algunas encarnaciones llegarán a transformar su amor. ¡No hay que violentarse! A aquellos que ya trabajaron en otras encarnaciones, les es más fácil contentarse con poca cosa en el plano físico, e incluso liberarse inmediatamente y gozar del amor en lo alto, en el plano espiritual.

Evidentemente, son pocos los seres capaces. ¡Cuántos religiosos hicieron votos de castidad sin saber exactemente lo que hacían! Eran muy jóvenes, no se conocían, ni conocían la naturaleza humana, y un día, cuando los instintos y las pasiones despertaron, se ahogaron. ¡Qué tragedia! Sí, ¡qué tragedias en los conventos, tanto para los hombres como para las mujeres! Es mejor casarse y tener hijos que atormentarse en un convento diciendo ser la novia de Jesús, pero cometiendo adulterio en la imaginación con todos los demás. En ese caso, es mejor salirse de los conventos. El Señor es mucho más generoso. Nunca pidió que nos consagremos a El si para ello debemos vivir atormentados. El prefiere que hagamos el bien teniendo una mujer – o un

marido – e hijos, antes que vivir una vida caótica, desordenada, ensuciando la atmósfera con todos nuestros deseos insatisfechos.

Incluso los santos y santas han sido atormentados toda su vida por la energía sexual, y apenas al final han encontrado la paz. Santa Teresa de Avila era muy apasionada. Santa Teresa de Jesús nunca sabremos cómo vivió, ni qué tentaciones tuvo que vencer. Ella no era como nos la han presentado: una jovencita graciosa, con cara dulce y delicada. No; su naturaleza era fuerte y poderosa. Yo admiro y amo mucho a Santa Teresa, pero no estoy de acuerdo con la manera inexacta como nos la han presentado.

II

Muchos santos y santas fueron muy ardientes hasta el último momento, y eso no es perjudicial, sino todo lo contrario. Aquellos que saben utilizar la energía sexual son los más ricos y privilegiados, porque esta energía es una bendición. Muchas personas muy creyentes han querido suicidarse porque sentían este ardor en ellos y se creían condenadas. Eso significa que no habían comprendido nada, y desgraciadamente, la Iglesia tampoco explica nada sobre ello. En la Iniciación se presenta la cuestión de otra manera. La energía sexual es un don de Dios, sólo que hay saber utilizarla. Los países que tienen mucho carbón o petróleo bajo su suelo, se vuelven mutimillonarios porque lo utilizan. Y los que no saben utilizarlo, se queman. De la misma manera, la energía sexual es una fuerza que el hombre debe aprender a utilizar para iluminar, calentar y hacer funcionar todo dentro de sí mismo.

Pero la gente, al estar lejos de la verdad, cuando ven a algunos jóvenes que poseen mucha energía sexual, inmediatamente se lo reprochan. ¡Como si esos jóvenes no tuvieran que sentir nada! ¡Como si estuvieran muertos!... Esa es la idea de los adultos, y en lugar de ayudarles, quieren destruirles, cerrarles el camino, nadie les dirá: «¡Bravo, jóvenes! Sois privilegiados por poseer esa riqueza... Pero debéis saber que si no sois inteligentes, esta riqueza será justamente la causa de todas vuestras desgracias». Eso es lo que deberíamos decirles, pero en lugar de eso, se lo echamos en cara, les criticamos; y cuando vemos un joven frío, nos alegramos. Pero, ¿qué hará él con su frialdad? ¡Nada de nada! Yo también he sido educado así, incluso peor que vosotros. ¡Si supieseis cómo nos educaban en Bulgaria a principios de siglo! Precisamente por ello doy gracias al Cielo, por haber tenido la luz de esta Enseñanza.

Y ahora, si hay algún o alguna joven que viene a escucharme por primera vez, me permitiré añadir todavía algunas palabras para ayudarles. Pensaréis, quizás, que cuento demasiadas cosas obscuras... ¡Sí, sí, pero eso no es nada! Si supieseis lo que la juventud está aprendiendo, de qué habla, de qué se ocupa, os quedaríais estupefactos. ¡Incluso los niños de doce o trece años se

cuentan cada historia! Lo que yo cuento no es nada...

Un día recibí la visita de una joven; era muy bella, simpática, y por su comportamiento se veía que era muy educada. Pero he aqui que me contó que era muy desgraciada porque estaba obsesionada por una imagen: en todo lo que miraba, flores, frutos, objetos, incluso en el techo, no veía otra cosa que el sexo masculino. Y como era creyente, católica, se sentía perdida, en pecado.

Cuando la hube escuchado me eché a reir. Ella me miró con aire de sorpresa y le dije: «Escúcheme, ¿me permite explicarle y darle un método para salir de esta situación? – Oh, sí, dijo, sí». Y le expliqué: «No pasa nada grave, no hay nada malo en todo lo que me dice. Es natural, normal, son cosas que le pasan a todo el mundo; más o menos, claro está, pero no hay motivo para desesperarse. La naturaleza se ocupa de la propagación de la especie, y es ella la que crea esas representaciones en los hombres y en las mujeres. Pero hay que saber cómo actuar, cómo utilizar esas imágenes, de lo contrario, mire en qué estado está usted...»

»He aquí lo que debe hacer en adelante. Cuando vea esta imagen en un fruto o en un objeto, en lugar de desconsolarse, mire tranqui-

lamente... Pero no lo haga mucho tiempo, porque corre el peligro de que ciertos deseos se despierten en usted, y entonces, para consolarse, recurrirá a determinados gestos, y así sucesivamente. Por lo tanto, para que eso no se produzca, vuélvase un poco filósofa, es decir, comience a pensar en la Inteligencia que preside la formación de esos órganos. Reflexione, medite, maravíllese de la sublime Inteligencia que se ha ocupado en crear cosas tan perfectas y así olvidará la tentación. Mientras que si usted insiste, nunca saldrá de ahí. Tome esta imagen como un punto de partida capaz de propulsarle hasta el origen. Si usted no tiene ese punto de partida, ¿cómo llegará a su destino en lo alto? Pero recuerde que no debe considerarla más que como punto de partida, no se quede ahí mucho tiempo, porque entonces puede precipitarse en el abismo y perderse. Usted debe utilizarla solamente.

»Desgraciadamente los humanos no saben ir más allá del mundo de las formas para reflexionar y maravillarse. No saben que es, precisamente, este «maravillarse» lo que les salvará. Decís: «Pero, ¿qué me pasa? Es horrible, repugnante», y eso es lo que os pierde. Reemplazad esas viejas concepciones y no digáis: «Es horrible», sino: «¡Qué belleza! ¡Qué esplendor! ¡Qué inteligencia! ¿Cómo ha podido formar la naturaleza una cosa tan extraordinaria?»

Entonces estaréis maravillados y encontraréis el equilibrio y la paz.» Esto es lo que le dije a esta joven, y se fue muy feliz.

El Señor todo lo hizo bien, entonces, ¿por qué querer mutilar sus creaciones? Algunos se comportan, con respecto a la sexualidad, como si el Señor hubiese hecho mal las cosas...

Bien, pues eso es lo grave, eso es lo que está castigado. Debemos admirar todo lo que Dios ha creado, porque El sabía por qué lo creaba. No somos nosotros los que debemos juzgar. ¡ Qué filosofía tan rara se ha dado a los humanos! Vosotros diréis que era para mantenerlos en la pureza y en la castidad... Pero es precisamente eso lo que les empuja a transgredir todas las leyes de la pureza, porque, ¡cuanto más diabólicas e infernales presentamos las cosas, más incitamos a que se vean y se prueben!

¿Acaso creéis que condenando todo lo referente al sexo como algo sucio y repugnante la gente dejará de interesarse en él y de practicarlo?... Pero entonces, ¿por qué la mayoría de los hombres que piensan que eso es repugnante se revuelcan día y noche en esa porquería? Eso no ha impedido nada, sino todo lo contrario. Baudelaire dice que cuando creemos cometer un crimen, sentimos mayor placer. Sí, en cuanto sabemos que algo está prohibido, que es un crimen, el placer aumenta. Eso puede ser verdadero o

falso, no quiero discutir sobre ello; solamente quería deciros que denigrar al sexo jamás ha sido una solución, mientras que si pensáis de otra manera, recibiréis ayuda.

La única solución al problema de la sexualidad está en la manera como se consideren los hombres y las mujeres. La causa de todos los desórdenes y desenfrenos radica en que los hombres no han aprendido a valorar a las mujeres, ni las mujeres a valorar a los hombres. Si el hombre considera a la mujer como una hembra, como una Mesalina, como un objeto de placer, ya determina su comportamiento y se verá obligado a liberar todas sus tendencias pasionales. Pero si la considera como una divinidad, sus sentimientos y su comportamiento se transformarán.

Jesús decía: «Que te sea hecho según tu fe». Sí, las cosas se vuelven de tal o cual manera, según la forma considerarlas. Es una ley mágica que la humanidad debe, de ahora en adelante, conocer. Pensamos que podremos cambiar la forma de amar sin cambiar la forma de considerar al que, o a la que amamos... No, es imposible. Es muy difícil cambiar las formas de expresión del amor. Pero cambiad vuestra forma de considerar a un ser y actuaréis sobre vosotros, sobre vuestros sentimientos, sobre vuestras tendencias, y, por lo tanto, sobre la manifestación

de vuestro amor. Así es como yo lo hago, y considero a la mujer como una divinidad. Diréis: «Pobre viejo, ¡qué lejos está de la verdad! ¡Si supiese qué es una mujer!»... Y, ¿creéis que no lo sé?... Pero no quiero pensar en ello, no quiero saber ni qué es ni qué puede ser, y eso me ayuda, lo hago por mí. ¡Si creéis que no sé lo que es una mujer! Puedo tener todas las razones para considerarla como el ser más espantoso, pero eso no soluciona nada; quiero que represente una divinidad para mí. Por lo tanto, la considero como una divinidad, y soy yo el que se beneficia: ¡si supieseis lo que siento y lo que descubro entonces! Este punto de vista contiene toda una filosofía...

Hace años, vino a verme un viejo médico, gordo, barrigón, y se puso a hablarme de las mujeres. Y, ¿sabéis lo que me dijo? Me dijo: «La mujer no es más que una vagina». Me quedé anonadado. Decidme, ¿de qué sirve tener concepciones tan prosaicas? Claro está que no podemos negar que el ser humano posee intestinos y todo tipo de órganos que no son particularmente estéticos. Pero, ¿acaso el hombre o la mujer no son nada más que esos intestinos y esas funciones un poco groseras? La gente confunde todo. El ser humano está obligado a tener un cuerpo físico con órganos adaptados a tal o cual función, pero está lejos de ser tal y como aparen-

ta físicamente. El hombre y la mujer no se reducen a algunos órganos, son seres que piensan y que actúan, son seres que tienen un alma y un espíritu.

¿Qué gozo puede sentir un hombre si piensa que la mujer no es más que un órgano?... Toda su vida psicológica se desperdicia. Verdaderamente ese médico no era un psicólogo: no había estudiado cómo tal o cual pensamiento puede influir en nuestro estado interno. Y a mí, precisamente lo que más me interesa, es saber cómo y de qué manera se refleja en mí todo lo que pienso... Y por eso prefiero pensar que la mujer es una divinidad. Deréis que eso no es la verdad: sí, es posible que tengáis razón, pero vuestra razón no me interesa, y vuestra verdad es de lo más perniciosa. Yo, a pesar de vivir en la ilusión y en la mentira suponiendo que eso sean ilusiones y mentiras soy el hombre más feliz de todos. Yo considero a todas las mujeres como divinidades, como un aspecto de la Madre Divina, y entonces, si supiérais qué felicidad, qué gozo siento al pensar que hay mujeres en la tierra, ¡es increíble!... ¿Creéis que aún vendría a daros conferencias si pensase como ese médico? De ser así ya no tendría ganas de veros, ni de hablaros, ni de nada.

Como podéis ver, estas concepciones no llevan muy lejos. Vosotros también debéis cambiar

vuestros conceptos. Los hombres deben cambiar su opinión sobre las mujeres y las mujeres la suya respecto a los hombres, de lo contrario las puertas de la evolución les serán cerradas, ya que hagan lo que hagan, no conseguirán ningún progreso. Para las mujeres, también el hombre debe ser una divinidad.

Lo que no hay que olvidar nunca es que el ser humano posee dos naturalezas: una naturaleza inferior, animal, y otra superior, divina, a las que yo he llamado personalidad e individualidad. Conociendo estas dos naturalezas, el discípulo de una Escuela iniciática siempre se pregunta cómo puede alimentar la individualidad en él mismo y en los seres que ama. Y eso es el verdadero amor.

Pero consideremos únicamente los métodos que acostumbran a usar los humanos para conquistar a su pareja. Tanto si se trata de un hombre como de una mujer, hay que conquistarle, hacerle cumplidos, halagar su vanidad; en una palabra, tocar su personalidad, si no ya se sabe que no obtendremos nada. Por lo tanto, los dos saben cómo conquistarse el uno al otro: por medio de gestos, de palabras, de regalos. Se dirigen siempre a la personalidad del otro. Pero cuando se trata de despertar, en la persona que es objeto de su amor, todas las facultades sublimes, ideales, luminosas y perfectas, y de alimen-

tarlas, aunque sólo sea con una sonrisa, con una mirada... no saben. Sin embargo, son muy listos para excitar y despertar todo aquello que les permita saciar sus necesidades inferiores. Por eso, el amor humano todavía se expresa de una manera animal, instintiva, pasional; es extremadamente raro encontrar un elemento maravilloso, poético.

El papel de la Ciencia iniciática es el de mostrar a los humanos cómo pueden alimentar la naturaleza superior en los seres que aman. Lo que os voy a decir os parecerá extraño, y me pregunto si me comprenderéis; de todas formas os lo diré. Supongamos que una mujer tiene a su amado en sus brazos y le dice: «Mi querido Andrés...» o «Mi querido Juan...» o «Mi querido campeón...» Porque es necesario que él escuche pronunciar su nombre para que su personalidad pueda regodearse pensando: «Ah! ¡Cómo me ama!...» y de esta manera, ella envía todas sus energías para cebar su personalidad. Pero imaginad ahora que los dos conocen la naturaleza de la personalidad y de la individualidad, que los dos están instruidos en la Ciencia iniciática: cuando la mujer abrace a su amado, dirá: «¡Oh Padre Celestial! Y si también él al abrazarla se dirige a través de ella a la Madre Divina, sus energías se dirigirán igualmente hacia el Cielo.

En lugar de limitar los intercambios al plano

inferior, en el que nunca se sabe las porquerías y las fermentaciones que se van a producir o a absorber, es necesario que el hombre y la mujer puedan unirse al origen, que es Dios. Sí, es en este manantial de perfección donde deben posarse, y no en un ser limitado e imperfecto como ellos. Mirad al hombre que dice a una mujer: «Querida, yo te haré feliz». Vedle: es débil, ignorante y desgraciado, ¿cómo la hará feliz? Uniéndose ambos al Padre Celestial y a la Madre Divina es como extraerán fuerzas de esas reservas inextinguibles, extraerán un amor puro, incorruptible, y se sentirán llenos, iluminados, reforzados, rejuvenecidos, felices. Es necesario saber crear y mantener continuamente la unión con el amor divino. Todo lo que se haga debe ser sensato, purificado, consagrado, santificado para servir a una idea grandiosa: el Reino de Dios y su Justicia.

Esos son conocimientos que los humanos no poseen. Sólo sirven a su personalidad y a la de los demás, y como la personalidad tiene raíces subterráneas, les empujará hacia el abismo. Pero es difícil conseguir que los humanos cambien su punto de vista. Tienen costumbres que repiten continuamente: siempre satisfacen su personalidad y no dan nada a su individualidad, la cual se queda hambrienta.

Desgraciadamente la personalidad, a pesar

de recibir infinidad de cosas todos los días, desea saciarse continuamente, y nunca tiene bastante. La prueba está en que una mujer ha dado todo al hombre que ama, todo, y él la olvida, se va con otras. ¿Porqué? Porque ella satisfacía solamente su sexo. Ella no ha conseguido alimentar en él algo sublime, a la otra naturaleza llena de nobleza que no olvida nunca el bien que se le hace y que se muestra eternamente agradecida. Y seguidamente la pobre mujer se queja: yo le he dado todo y, ¡mirad ahora cómo me trata! Naturalmente, porque ella ha alimentado algo que es ingrato por naturaleza.

El día en que esta cuestión de las dos naturalezas esté más clara para vosotros, conseguiréis resolver los problemas sexuales mucho mejor.

Aquél que da rienda suelta a sus tendencias personales y egoístas, pierde el control de su sexualidad: es como si esos órganos funcionasen independientemente de él, sin que pueda detenerlos ni frenarlos. El solo puede constatar sin poder hacer nada; son, por lo tanto, otras fuerzas las que se han apoderado de él, las que se lo han quitado todo, él sólo puede observar... Mientras que en el amor espiritual constataréis que sois vosotros, es decir, vuestra alma, vuestro espíritu, vuestra individualidad la que domina y la que se alimenta. Sólo con miradas, con una presencia, con un perfume, os sentís felices, os

expandís al sentir que sois vosotros mismos, vuestra naturaleza superior la que ha comido, la que ha bebido, la que ha respirado, y no otras entidades extrañas a través de vosotros.

Yo os doy la verdadera luz a este respecto, y creedme, no invento nada. El amor es el misterio más grande que existe ; se le conoce muy mal y se continúa practicando sin reflexionar y sin comprenderlo. Por eso, todo el mundo se siente mal y es desgraciado. A pesar de que la ciencia haga descubrimientos formidables, mientras la cuestión del amor no sea comprendida y resuelta, la humanidad no se librará de sus desgracias. Ahí tenéis el punto de vista que el Cielo me ha dado y que me permite ver claramente esta cuestión.

III

LA ENERGÍA SEXUAL, CONDICIÓN DE LA VIDA SOBRE LA TIERRA

Observad al niño: apenas ha nacido ya piensa en agarrarse a la tierra, y lo hace tan sumamente bien, que anda a cuatro patas; todo lo que ve lo quiere tocar o metérselo en la boca... Pero poco a poco crece, y su corazón comienza a despertar; si es un joven, las jóvenes empiezan a ser importantes para él; se enamora, quiere formar un hogar y poblar la tierra con su progenitura y con sus realizaciones... Pasado el tiempo, cuando ha gastado todas sus energías y viendo que envejece sin haber llegado a realizar lo que hubiera deseado, se produce en él un cambio, la tierra ya no le interesa tanto como antes y comienza a pensar en el otro mundo. El, que algún tiempo atrás no se ocupaba más que en comer, beber, tener hijos y acumular riquezas como si nunca debiera dejar la tierra, ahora se ha vuelto sumamente impersonal, desinteresado, frío, fatigado, hastiado, va abandonándolo

todo y se prepara para partir al otro lado. ¿Qué es lo que ha pasado?... En el origen de esta transformación, únicamente hay un debilitamiento del instinto sexual, y ahora vais a ver cómo la energía sexual determina en el hombre la naturaleza de su filosofía

Mientras el hombre posee esta energía, está de acuerdo en vivir en la tierra, pero cuando le abandona, sólo piensa en morir. Por eso, ciertos Iniciados del pasado que conocían todos estos fenómenos, de dónde provienen, de qué dependen, enseñaban a sus discípulos que si querían liberarse de la tierra con sus sufrimientos y sus limitaciones para ir a un mundo de beatitud y de luz, deberían suprimir la manifestación de la energía sexual, rechazar todos los deseos y ambiciones, no frecuentar a los seres del otro sexo, etc... De lo contrario, serían immediatamente atrapados en el engranaje.

Podemos decir, pues, que en el origen de las diferentes tendencias filosóficas y religiosas está la energía sexual, la atracción entre los sexos, y es la actitud que los humanos eligen adoptar respecto a la energía sexual, la que determina su filosofía: una que le da una solución y otra que intenta suprimirla. En realidad, hay muchas otras filosofías, pero todas, más o menos, pueden clasificarse en una de esas dos categorías. Si no queréis quedaros sufriendo en la tierra, si

queréis entrar en la eternidad, en la inmortalidad, es necesario no pensar más en la propagación de la especie, porque ello crea ataduras que os retienen en la tierra. Estáis atados al padre (o a la madre) de vuestros hijos, estáis unidos físicamente a vuestros hijos que son carne de vuestra carne, sangre de vuestra sangre; y también psíquicamente tenéis ataduras con ellos. Por eso, la filosofía budista enseña que, incluso cuando el hombre parte al otro lado, cuando piensa que ya ha dejado todo y que se ha liberado, todavía mantiene ataduras con sus hijos, con todos sus parientes, y por lo tanto, no puede dejar las regiones inferiores del plano astral. Así pues, durante cierto tiempo permanece muy cerca de los humanos, y, sobre todo, de los miembros de su familia para observarles, participando de su vida e incluso alimentándose a través de ellos. Según esta filosofía, para poder ser libre, no hay que casarse ni tener hijos, porque aquellos que han aceptado fundar una familia para que su nombre subsista, son atraídos por el nombre, por «el apellido», y siempre deben volver a la tierra porque desde ahí abajo, esta familia piensa en ellos, les llama. Todas esas ataduras que los hombres tienen con la tierra, les impiden quedarse en las regiones celestes. Por eso, los que deseaban verdaderamente no tener raíces en la tierra se convertieron en ascetas, en ermitaños.

Evidentemente, su filosofía es verídica porque está basada en los conocimientos iniciáticos. Pero afirmar que es útil, y que está adaptada a nuestra época, es otra cuestión. Es posible que no convenga. Estos, son problemas que debemos resolver.

La energía sexual retiene a los humanos en la tierra, pero sin iluminarles, sin unirles a las regiones sublimes de lo alto. Mientras que la sabiduría que ilumina a algunos Iniciados puede acercarles a esas regiones sublimes, y entonces, no tienen ya ningún deseo de continuar viviendo en la tierra. Todos aquellos que han querido suprimir completamente esta energía que Dios les ha dado, sólo desean morir, abandonarlo todo, porque únicamente la energía sexual empuja a amar la vida terrestre, de la cual es requisito esencial. Por lo tanto, nunca hay que suprimir esta energía; todos aquellos que la han suprimido, han cometido un gran error. Evidentemente, el deseo del nirvana les justifica, pero lo desean con tan poca fuerza, tan débilmente, que me pregunto cuándo llegarán, porque para alcanzar el nirvana, debería por lo menos manifestarse el amor de alguna manera...

Un ser verdaderamente iluminado, se une al Cielo, al mismo tiempo que economiza esta fuerza para consagrarla a la realización del Reino de Dios en la tierra. Participa, pues, de los

dos extremos: cuanto más intensamente viva la vida, más se fusionará con el Creador, con el Cielo; y cuanto más esté con el Cielo, más trabajará por la tierra. Sólo esta solución es completamente perfecta: al mismo tiempo que vive para el Cielo, trabaja en la tierra. De otra forma, la vida no tiene ni pies ni cabeza, no encaja con nada..

Esto, desgraciadamente, los humanos no han podido comprenderlo nunca, prefiriendo elegir uno u otro extremo, es decir, o son completamente materialistas o bien totalmente... no se puede decir «espiritualistas», no, porque desear morir no es espiritualidad. En todo caso, los que han elegido suprimir la energía sexual para no reencarnarse en un futuro, se reencarnarán de todas formas, ¡y no pocas veces! Sí, volverán para aprender a no suprimirla. El Cielo les dirá: «Ignorantes, ¿por qué habéis menospreciado esta energía que Dios creó hace millones de años con tanta sabiduría?» Y El los devolverá a la Tierra. Si se considera el caso de los puritanos y de ciertos místicos, se comprueba que propagaron una moral que no se corresponde demasiado con la verdad y que, en definitiva, ha producido anomalías que los psicoanalistas de hoy se ven obligados a remediar. Si hacéis una presa en un río sin prever canales de desagüe, llegará un momento en que se desbordará y lo arrasará

todo: vuestra presa no impedirá el paso del agua. Lo mismo ocurrirá si ponéis barreras a las energías que están en vosotros: las tensiones se acumularán en el subsconciente y llegará un momento en que todo será destrozado. Pues sí, cuando no se conoce la naturaleza humana, se corre hacia la catástrofe. Por lo tanto, no debéis bloquear vuestras energías sino preparar canales para que vayan a regar toda vuestra tierra; como los egipcios, que en el pasado abrieron canales para que las aguas del Nilo pudiesen fertilizar el país.

No estoy de acuerdo con el libertinaje, pero tampoco con el puritanismo. Suprimirlo todo es ignorar la razón por la cual Dios ha creado al hombre y a la mujer. Cuando fui a Grecia quise conocer los monasterios del Monte Athos. Visité todo, hablé con los monjes que vivían allí, pero a pesar de mi admiración por las obras de arte, saqué de ese lugar una impresión de aburrimiento y tristeza. Porque los monjes vivían con arreglo a unas concepciones completamente erróneas, considerando necesario rechazar el principio femenino, creyendo que todo lo femenino es malo y diabólico. Van tan lejos en su rechazo del principio femenino, que no solamente ninguna mujer puede poner los pies en el monasterio, sino que ni siquiera tienen derecho a tener una cabra, porque es un animal hembra. Decidme si

es el Señor el que ha podido inspirarles una filosofía parecida.

Yo no me inclino ni por los puritanos ni por los libertinos, y por ello os doy una tercera solución: mediante ésta os unís con toda vuestra alma y con todo vuestro espíritu a la Fuente del amor, y al mismo tiempo no abandonáis la tierra, sino que hacéis vuestro trabajo aquí en la tierra. Esa es precisamente la tercera solución, y un día comprenderéis que es la mejor: gozar a la vez del Cielo y la tierra.

No sé si os convencen mis explicaciones, pero puede ser que dentro de algún tiempo os veáis obligados a reconocer su validez, al ver que yo he encontrado la solución de muchos problemas que otros no han encontrado porque no han osado, o no han podido fusionar ambas tendencias. O bien daban libre curso a la energía sexual y terminaban en el libertinaje, o la suprimían completamente y se convertían en eunucos. Realmente, cuando suprimimos esta energía nos aniquilamos, perdemos el sentido, el gusto por la vida e incluso nos agriamos, nos volvemos perversos. Y, ¿qué se puede esperar de un eunuco? ¿Que componga sinfonías, que escriba poemas? Con un eunuco no hay creación posible; es el fin, es la muerte.

IV

SOBRE EL PLACER

I

No busquéis el placer, porque os empobrecerá

La juventud de hoy reclama la libertad sexual pensando que es ahí donde encontrará la expansión, la felicidad y el gozo. Ahora que pueden encontrar fácilmente la píldora anticonceptiva, se regocijan de que ya no sea necesario reflexionar, controlarse, ser dueño de sí mismo. Cerremos los ojos y ¡dejémonos llevar!... Y en el mundo entero se ve cómo esta famosa píldora va cosechando éxitos. Naturalmente se empezó a usar por razones de equilibrio demográfico, pero enseguida se añadieron otras razones que en absoluto no eran demográficas, en especial el deseo de gozar sin trabas con todas las mujeres y con todos los hombres. Decidme si realmente una niña de trece años tiene necesidad de la píldora... y, sin embargo, se le deja servirse de ella a esta edad, y he sabido que, en ciertos colegios,

son los mismos profesores los que las distribuyen a sus alumnas, ¡sí, los profesores!...

Dejando a los jóvenes experimentar en un terreno que desconocen se abre la puerta a toda clase de desarreglos físicos y psíquicos. Hacen experiencias, pero no saben que esas experiencias tendrán a la larga resultados catastróficos y que acabarán desequilibrados, enfermos. En realidad, ni los que se han pronunciado en favor de la píldora ni los que se han opuesto a ella, han comprendido. Los que se han pronunciado a favor, lo han hecho por complacencia: sabiendo cuán débiles son los humanos, han cedido ante esta debilidad; y los otros, los que se han opuesto, lo han hecho por hipocresía, en nombre de las viejas tradiciones morales, a pesar de ser ellos mismos quienes no las respetan en su vida personal.

En cualquier caso, al preparar la píldora, la ciencia, que creía rendir un enorme servicio a la Humanidad, no ha hecho sino permitir a los hombres librarse impunemente a todo tipo de excesos, haciéndoles débiles, sensuales y enfermizos. ¡Esos son los beneficios de la ciencia! Antes de la píldora, los jóvenes se veían obligados a reflexionar, a controlarse un poco, (no por razones de moralidad y de pureza, claro está, sino por miedo a las consecuencias enojosas que podían sobrevenir), mientras que ahora ya no

vale la pena controlarse, pueden dejarse llevar por sus deseos.

Os daré una imagen. Sabéis cómo funcionaban los barcos en el pasado. Abajo estaban los maquinistas que debían ocuparse de meter carbón en las calderas, y gracias a ellos el barco navegaba; pero desconocían la dirección, se necesitaba un capitán en lo alto que ses ocupase de la dirección y de dar las órdenes; sin embargo, él, por sí mismo, no era capaz de hacer avanzar el barco. Ahí tenéis otra imagen del hombre: las emociones, los sentimientos, los instintos, esos son los combustibles que hay que meter en la caldera para que el barco pueda avanzar. Pero si no hay nadie que sea razonable y lúcido en lo alto par orientarlo, el barco se romperá en pedazos.

Durante un crucero por el Océano Artico, una señora preguntaba al capitán: «¿Qué pasará si nuestro barco choca contra un iceberg? – Oh,» respondió el capitán, «el iceberg continuará su camino, señora. ¿Y el barco?» El capitán no dijo nada del barco porque era demasiado evidente. Y con el hombre ocurre lo mismo; si su «barco» topa con un iceberg, se acabó. Es simbólico, claro está: el «capitán» corresponde a la cabeza, y los «maquinistas» están repartidos por todo el cuerpo: el vientre, el estómago, el sexo... Por lo tanto, le digo a la juventud: si seguís

vuestras tendencias, vuestras inclinaciones o predilecciones, está claro que os romperéis la cabeza, porque esos impulsos son ciegos.

Hace poco, escuché por la televisión a una bella joven que declaraba: «Yo satisfago todos mis deseos sin complejos». Ahí la tenéis, se había liberado de sus «complejos», es decir, de la sabiduría, del auto-control, del discernimiento... Sí, porque parece ser que eso son complejos, y los complejos no son buenos, ¡hay que deshacerse de ellos! ¿Para ir a dónde? ¿Para encontrar qué? ¿Para hacer qué? ¡Cualquier cosa!

Pero voy a hacer una pregunta a todos esos jóvenes que creen saber perfectamente lo que deben hacer: «Cuando estáis trabajando en una fábrica, manejando un aparato, o cuando tenéis que conducir un coche, ¿acaso no controláis vuestra máquina? ¿Acaso no la dominái? Y, ¿por qué cuando cocináis, cuando preparáis el té o el café, dosificáis el calor, el azúcar y todos los ingredientes?» Pues bien aprended que, en vosotros, en vuestros motores, en vuestros aparatos ocurre lo mismo. Si no estáis atentos, si no os dominái, ¡veréis lo que os ocurre!

Actualmente, la juventud sólo tiene una idea: demoler todas las barreras morales que los Iniciados del pasado colocaron para impedir que los hombres vivieran en las pasiones y en los

desórdenes. ¡Cuántas brillantes civilizaciones han desaparecido devastadas por enfermedades morales y físicas porque se habían entregado al libertinaje o a cultos orgiásticos! La generación actual quiere a su vez liberarse de todos los tabús, de todas las reglas para buscar el mayor placer posible, y ese movimiento ha tomado tal amplitud, que cabe preguntarse qué podrá detenerlo.

En realidad, únicamente la luz de una Enseñanza iniciática puede detener a los humanos en esa vertiginosa caída. Esta luz les mostrará que abandonándose a los placeres, sacrifican sus más preciosas energías. Porque para alimentar ese fuego que les posee, están obligados a darle todos sus recursos, todos los muebles de la casa, hasta las mesas y las sillas – simbólicamente hablando –; el placer sexual es un brasero que están obligados a alimentar con la substancia de su propio ser, es imposible ofrecerle las pertenencias del vecino o la madera del bosque: se alimenta de sus propias reservas, de sus propios combustibles... Para mantenerse cada día como lo hacen, en esas efervescencias y en esas erupciones volcánicas, deben quemar su quintaesencia. Cada vez, sin saberlo, pierden una parte de su belleza, de su inteligencia, de su poder, y al final, cuando ya lo han gastado todo, se encuentran desfigurados, embrutecidos y enfermos.

Si existiese una balanza en la que el hombre pudiera poner en un lado lo que gana abandonándose a los placeres sensuales, y en el otro lo que pierde, constataría que pierde casi todo y no gana casi nada, y que por lo tanto no merece la pena. Pero como no tiene en cuenta que las sensaciones desaparecen o se olvidan (lo que se comió ayer no sirve para mañana), se está preparando una existencia de pobreza. Mientras que si hace un esfuerzo y rehusa, sufre un momento, pero se prepara un futuro magnífico. Por lo tanto, pierde algunas sensaciones pero mejora su futuro. Los que no reflexionan dicen: «Estoy contento, ¡me siento bien!» Es cierto, pero no tienen futuro. Consideremos el ejemplo del borracho que resume toda una filosofía: éste busca el placer en el vino, bebe y está contento. Sí, pero después, si continúa, ¿cómo va a reaccionar su patrón, su familia, sus amigos?... En realidad, se está preparando para caer en el arroyo. Por lo tanto, la sensación es agradable, pero no dura; el futuro es el arroyo.

¿Conocéis la cita de la Biblia en la que Esaú cede su derecho de primogenitura a su hermano Jacob por un plato de lentejas?... Por una sensación, por un placer, sacrificó su derecho de primogenitura, y Jacob se aprovechó de ello. Ahí tenéis una cita que nadie se ha detenido a interpretar. La mayor parte de los humanos son

expertos en privarse de ló más precioso a cambio de un placer; eso sí saben hacerlo. ¡Es formidable! ¿Cuándo comprenderán la necesidad de privarse de ciertos placeres para obtener bienes infinitamente más valiosos?

Ya no se respeta la moral porque no se sabe que originalmente se basó en una verdadera ciencia. Ciegamente, estúpidamente, queremos dar una salida a todos esos caprichos, sin saber que corremos hacia la ruina, porque cuando se destruyen las presas y los diques, inevitablemente todo queda inundado, devastado. Por eso diré a la juventud: «Hijos míos, debéis aprender a discernir adónde os llevará cada uno de vuestros deseos». Si os sentís empobrecidos, debilitados y desgraciados es porque habéis tomado el camino equivocado. Por lo tanto, ¡elegid otro! No os encerréis en una vía por la única razón de que sea agradable, dulzona, porque entonces vais a arruinaros espiritual e incluso físicamente.

II
Cómo reemplazar el placer por el trabajo

La mayor parte de los humanos buscan el placer, se agarran al placer como si no hubiese nada superior a él. Y es ahí donde se equivocan. Yo os lo mostraré dándoos un pequeño ejemplo que se remonta a la prehistoria de la humanidad.

Las cerillas y los mecheros son de reciente invención; para encender fuego nuestros lejanos antepasados tenían varios métodos. Uno de ellos consistía en utilizar dos trozos de madera que frotaban el uno contra el otro; esa fricción producía primero calor, y poco después, de repente, surgía una llama: la luz. Todos concocéis ese fenómeno, pero, ¿habéis profundizado en él diciéndoos que, puesto que es un fenómeno físico, mecánico, debe haber ahí grandes verdades psicológicas que descubrir? No, se constatan los hechos y se les deja ahí, vacíos de sentido, sin intentar profundizar e interpretarlos.

Vamos a ver ahora la enseñanza que podemos sacar de ese fenómeno. Se cogían, pues, dos trozos de madera y se frotaban el uno contra el otro. Esa fricción produce calor y el calor se transforma en luz. Movimiento, calor y luz son los tres lados de ese triánglulo del que os he hablado a menudo y que representa al ser humano. Al movimiento podemos asociarle la voluntad, la actividad, la fueza; al calor le corresponde el corazón, el sentimiento, el amor; y a la luz la inteligencia, el pensamiento, la sabiduría. Pero de la misma manera que el hombre consigue producir luz en el plano físico, también puede hacerla brotar en él; por medio de actos y de ejercicios produce cierto calor, comienza a experimentar los sentimientos; y si no se queda ahí, si sabe ir más lejos, puede conseguir la luz, es decir, la comprensión.

Vamos a estudiar ahora ese proceso en el ámbito del amor. ¿Qué hacen los humanos cuando se aman físicamente? Se puede decir que, simbólicamente, se frotan uno contra otro, igual que los dos trozos de madera, para producir calor, es decir, una sensación de placer. Está muy bien, pero, ¿por qué se quedan ahí? ¿Por qué no aparece la luz? ¿Por qué no son iluminados? Haría falta que el amor les aportase la luz, sería necesario que comprendiesen todos los misterios de la creación, que se volviesen lúcidos

y clarividentes. Pero no, más bien se embrutecen.

Movimiento y calor es lo que por ahora los humanos comprenden del amor, eso es todo; se quedan a mitad de camino, no van hasta la luz. Para producir la luz no hay que buscar solamente el placer, porque el placer absorbe todas las energías e impide que aparezca la luz. Por lo tanto, es muy sencillo, no hay que detenerse en el camino, hay que ir hasta la meta, hasta la luz. Evidentemente, hay muchas cosas que ver en el camino, incluso cosas muy seductoras, sí, los señuelos de la caza... Pero si nos quedamos ahí, no alcanzaremos la meta. Por eso digo a los enamorados: habéis desatado el movimiento y ese movimiento produce calor, lo cual es positivo, pero ahora hay que ir hasta la luz, porque la luz es el fin, la meta de toda actividad.

Casi todo el mundo se queda a mitad de camino porque ahí todo es atrayente, tornasolado... Pero también es ahí donde se encuentran las sirenas y donde uno puede resultar destrozado. Acordaos de la leyenda de Ulises: era sabio, sabía que encontraría sirenas que intentarían atraerle mediante sus cantos para devorarle. Por eso tomó precauciones: tapó con cera los oídos de sus compañeros para que no escuchasen la voz de la sirenas, ya que no habrían podido resistir su atracción. En cuanto a él, no se tapó

los oídos porque quería escucharlas, pero dijo a sus compañeros: Atadme al mástil, y si os hago señales para que me desatéis, ¡apretad los nudos con más fuerza!» El barco se acercaba a la isla de las sirenas y al escuchar sus voces, Ulises perdió la cabeza, quería ir a buscarlas y gritaba: «¡Desatadme! ¡Soltadme!» E incluso amenazaba a sus compañeros con matarles si no le obededían. Pero ellos, fieles a su orden, apretaban sus ataduras... Ved que las sirenas son la mitad del camino, y no hay que quedarse en la mitad del camino. Naturalmente todo lo atractivo y seductor está ahí, pero a pesar de ello no hay que detenerse.

También conocéis «Parsifal», la ópera de Wagner. Parsifal llega a una pradera donde se encuentran unas doncellas, las hijas de las flores, que intentan seducirle, pero detrás de esas mujeres y de esas flores se esconden serpientes... Esos relatos, de los que hay muchos en la literatura mundial, contienen grandes verdades ocultas. Ulises y Parsifal son símbolos del Iniciado que tropieza con tentaciones en su camino. Pero él no debe detenerse, porque entonces pierde la vida. Es necesario que siga hasta el final, porque cuando haya llegado, se le da todo: el reposo, el alimento, la belleza, el amor.

Todavía se puede presentar esta aventura de otra manera. Tenéis una misión que cumplir y

para ello tenéis que atravesar un bosque, pero he aquí que en el bosque hay toda clase de flores y de frutos, y además diminutas fresas... Entonces comenzáis a ir de un lado para otro para recojerlas sin daros cuenta de que perdéis mucho tiempo; evidentemente, ¡son tan bonitas y apetitosas! Pero he aquí que se hace de noche, no veis lo suficientemente como para orientaros y habéis perdido el camino. Comenzáis a escuchar los chillidos de los animales, el ruido de los árboles y os asustáis... Claro, eso es lo que les ocurre a los discípulos que se paran en el camino a causa de las hermosas fresas... Diréis que nunca vais a coger fresas. Es posible, pero esas fresas pueden significar alguna joven, o algún vaso en el bar. Es simbólico, ¿comprendéis? Las fresas diminutas también pueden ser grandes fresas.

Y el placer, precisamente, está en las fresas, en las sirenas, en las hijas de las flores, y si sucumbís os devoran. ¿Quiénes? Los elementales, las larvas, los indeseables, los espíritus subterráneos. Ellos ven que estáis a punto de dar un festín y se acercan. Quienes no buscan más que el placer, invitan al festín a todo tipo de entidades inferiores que se alimentan a sus expensas, mientras que ellos mismos acaban por perecer.

Habrían muchas cosas que decir sobre esos festines. Cuando un hombre muy rico da una

fiesta, necesita una cierta cantidad de platos variados, de vinos, de flores... y después la vajilla, la plata, los manteles, los cristales... todo eso cuesta muy caro, y algunos a veces se arruinan con sus suntuosas recepciones. Pues bien, el mismo fenómeno se produce en los enamorados cuando no están muy iluminados: dilapidan su capital. Desgraciadamente ellos no lo ven, no se dan cuenta de que malgastan sus fuezas y energías fluidas, y tampoco saben dónde va a parar esa energía. Pero, ¡id a ver algún tiempo después! ¡Están arruinados, desplumados!

Y después, cuando se dan esas grandes recepciones de las que os acabo de hablar, se infiltran a menudo ladrones y estafadores entre los invitados y aprovechan la presencia de toda esa gente para robar dinero, joyas, objetos de arte. Lo mismo ocurre con los enamoradas. En el transcurso de sus festines, los ladrones se introducen en ellos, pero son ladrones de la peor especie porque no roban objetos, sino todo lo que está en el corazón y en la cabeza de los dueños de la casa. Roban sus inspiraciones, sus ideas, sus impulsos, sus proyectos; y una vez así despojados, esos dos pobres desgraciados no tienen el mismo entusiasmo, el mismo deseo de conocer los secretos del universo... No, ahora tienen otros deseos totalmente prosaicos. Por consiguiente,

hay que estudiar, observar, y por la ley de analogía saber interpretar todo lo que ocurre en la existencia.

Mis queridos hermanos y hermanas, yo os llevo hacia las verdades que la inteligencia cósmica me ha revelado. He estudiado a los humanos y he visto que lo que os digo es absoluto. Cuando el hombre y la mujer están bajo la influencia del deseo, del placer, introducen ladrones dentro de sí. Por lo tanto, es necesario que tengan un fin más elevado para hacer brotar la luz. La luz puede aconsejarles los mismos festines, las mismas invitaciones, pero en lugar de atraer todos los indeseables del plano astral, invitarán a los ángeles y a las divinidades a regocijarse con ellos. Y cuando esas entidades celestes partan, les dejarán regalos; es así como recibirán cien veces más de lo que les habían dado. Ahí no habrá pérdidas, al contrario, habrá revelaciones, embelesamientos, anhelos... y ellos rejuvenecerán, resucitarán.

Revolcándose en el placer,los humanos no encontrarán la solución al problema sexual. Porque el placer sólo es la mitad del camino, y si se quedan ahí, poco a poco se sentirán fuertemente atados, perderán toda su libertad, su ligereza. Cuando hay demasiada humedad en las alas de una mariposa, ya no puede volar. Ahí lo tenéis, eso es el placer: ¡demasiada humedad! Cuando

veo que las alas de un hombre ya no le pueden elevar, (simbólicamente hablando), no tengo necesidad de preguntarle dónde ha ido a meterse porque ya sé que ha expuesto sus alas a la humedad. La humedad para mí, naturalmente, es lo que impide volar. Y para secarlas a la luz es necesario mucho tiempo. Por todo ello, tened cuidado, no os dejéis engañar por el placer porque os dejará a mitad de camino... ¡Id hasta la luz!

Pero comprendedme bien: nunca he dicho que los hombres y las mujeres no deban darse mucho amor. Sí, deben darse mucho amor, pero un amor más elevado, más luminoso. Es decir, en lugar de contentarse con intercambios en el plano físico, excitarse, satisfacerse y después roncar, deben ser conscientes de la importancia e incluso del valor sagrado del acto sexual. Pero no sucede así, todos tienen prisa, prisa por sumergirse en la ciénaga, sin tiempo para reflexionar.

Mirad lo que ocurre normalmente: esos gestos tan bruscos y febriles, esa mirada ensombrecida por la sensualidad... El hombre quiere saciarse, comer, destrozar, y en ese instante la mujer, estúpidamente, se siente feliz al ver en la mirada del hombre el deseo de devorarla. Ella debería, más bien, estar horrorizada por lo que le espera, porque esa mirada muestra que el

hombre está dispuesto a saquearla, a quitáselo todo; pero ella quiere eso, sólo pide eso. E incluso, si él la mira con respeto y admiración, con una gran luz y una gran pureza, no está tan contenta: «De ese tipo, piensa ella, no puedo esperar nada», y le abandona.

Instintivamente, a la mujer le gusta sentirse como una masa en las manos de un panadero, volteada, maltratada, atormentada, eso le gusta, mientras que el respeto y las miradas celestes no le dicen gran cosa. Hay excepciones, pero en general, es así.

Diréis: «Pero entonces, ¿nunca debemos sentir placer?» Sí, pero hay que buscar un placer mucho más sutil, mucho más espiritual. El placer, tal y como se entiende, termina siempre por transformarse en veneno y amargura. Cuando se corta un trozo de plomo, brilla algunos instantes, y enseguida se empaña. Ahí tenéis a qué se parece el placer: al plomo. Para que vuestro placer sea tan brillante y resistente como el oro, debéis ennoblecerlo, es decir, añadirle otro elemento: el pensamiento. Pero para eso, hay que reemplazar la idea de placer por la idea de trabajo.

El trabajo surge cuando un hombre decide no malgastar sus energías en la búsqueda del placer, sino utilizarlas para hacer funcionar otros centros, en lo alto, en su cerebro... En lugar de dejar

que se encadenen a él y le dirijan los torbellinos y erupciones volcánicas, debe conservar su lucidez para canalizar esas corrientes a fin de despertar nuevas facultades que harán de él un genio, un Iniciado, una divinidad. Ved cómo transforma el calor en luz: reemplazando el placer por el trabajo, y en ese instante el verdadero placer comienza a invadirle: un placer, en este caso, que no le envilece, sino que le eleva y le ennoblece.

Naturalmente, muchos pretenderán que la lucidez mata el placer. No, en realidad, el pensamiento ha sido dado al hombre para que viva mejor el verdadero amor; sin él, la parte animal, primitiva, impondría sobre él todo su poder. Es el pensamiento, precisamente, es la inteligencia a través del pensamiento la que debe controlar, orientar y sublimar las energías. Si en vuestro amor mantenéis lúcido el pensamiento, si éste está alerta, vigila, controla y dirige las fuerzas, evidentemente no sentiréis el placer como mucha gente lo entiende, es decir animal, grosero, pesado, desprovisto de nobleza, de espiritualidad, y además incontrolable, sino que gracias a vuestro pensamiento, podréis hacer un trabajo espiritual, y en lugar de transformarse en plomo, ese placer se transformará en oro puro, en algo sublime, en éxtasis.

El placer es la consecuencia de un acto que

está más o menos en armonía con otras substancias, con otras entidades. Por lo tanto, si un acto está en armonía perfecta con el mundo divino, el placer que resulta se ensancha y multiplica hasta el infinito. Por el momento sentís un cierto placer, pero es grosero, inferior, y tenéis que pagarlo tan caro que no merece la pena. Hay que sentir placer, naturalmente, pero un placer tan amplio y sutil que os revele todo el universo, que os haga luminosos, hermosos, expresivos, poderosos y útiles... Un placer así, sí vale la pena, y la naturaleza no os privará de él.

Ya lo veis, mis queridos hermanos y hermanas, no hay que pararse en el camino, hay que sobrepasar el límite del placer, no hay que estancarse en un nivel demasiado bajo: hay que subir, abrirse paso a través de las nubes hasta contemplar el sol, la luz. No os quedéis bajo las nubes: poned en todas vuestras acciones un fin luminoso. En todo lo que hagáis, tanto si coméis, como si os paseáis o si abrazáis a alguien, tened como finalidad la luz. No hagáis nada únicamente por placer. La humanidad se desmorona precisamente porque todo el mundo se dejar guiar por el placer. Me diréis: «Pero si no sentimos ningún placer al hacer las cosas, ¡no tiene ningún sentido!» Sí, porque todo va unido; si la luz y el calor están ahí, es decir, la inteligencia, y el amor, el placer se produce

necesariamente. Es solamente la calidad del placer lo que cambia, su naturaleza, su intensidad. Por lo tanto, meditad, reflexionad, y no olvidéis nunca que vuestro amor debe llevaros hasta la luz.

V

LOS PELIGROS DEL TANTRISMO

Existe una ciencia de la sublimación de la energía sexual conocida en la India y en el Tibet como Tantra-Yoga. Comprende todo tipo de métodos, y voy a hablaros de uno de ellos para daros una visión de esta ciencia. Durante años el yogui estudia qué es el amor, medita, ayuna, hace ejercicios de respiración. Cuando está suficientemente preparado, se le escoje una joven instruida también en estas prácticas, y él comienza a compartir durante cuatro meses la misma habitación que ella: él se pone enteramente a su servicio divinizándola, pensando que es una manifestación de la Madre Divina, pero sin tocarla. Seguidamente duermen en la misma cama: durante cuatro meses la mujer se tiende al lado derecho del hombre, después cuatro meses a su lado izquierdo; hasta ahí todavía no se han tocado. Al final, cuando han adquirido el mayor autocontrol, comienzan a abrazarse e incluso a fusionarse, pero en una pureza tal que

esta fusión puede durar varias horas sin la menor emisión por parte del hombre.

Evidentemente, muy poca gente puede vislumbrar lo que eso significa, porque en general, apenas sienten despertar el deseo sexual se precipitan para darle satisfacción. Según la ciencia tántrica, el despilfarro de esta quintaesencia es la muerte, mientras que su sublimación es la vida eterna. De esta manera algunos Iniciados obtuvieron la inmortalidad: pues sí, no son sólo palabras, se volvieron inmortales.

Para poder sumergirse sin peligro en el amor físico y afrontar los instintos, las pasiones, la sensualidad y el océano de placeres, hay que ser muy fuerte, muy puro. Aquellos que lo son, traen de sus profundidades perlas preciosas, como los pescadores que se sumergen en el océano para coger ostras perlíferas sin caer prisioneros de las algas, ni ser devorados por los tiburones. Pero esas experiencias no son aconsejables para todos. Hay que ser dueño de esta fuerza formidable para osar afrontarla, y yo no os aconsejo comenzar a practicar ese yoga; únicamente os expongo algunos aspectos.

Solamente si habéis subido muy alto, hasta la supraconsciencia, y habéis probado este amor que está difundido en todo el universo y que es la quintaesencia del mismo Dios, podéis permitiros todo sin peligro; en ese momento nada os

puede perjudicar o ensuciar, no podéis cometer ningún pecado. Pero si no habéis llegado hasta ahí, ¡quedaos tranquilos! Hay muy pocos seres en la Tierra que puedan permitirse descender hasta las profundidades de su naturaleza para transformarlo todo, sublimarlo, hacer que todo sea luminoso y bello. Y es eso justamente lo que se llama «unir los dos extremos», es decir, lo de arriba y lo de abajo, lo superior y lo inferior. Pero si comenzáis a descender sin haber podido llegar hasta el mundo superior, el mundo inferior os anulará, porque no estáis protegidos ni armados, y tampoco poseéis ningún aparato para transformar los materiales del Infierno en perlas, en oro o en piedras preciosas.

Ese es el misterio del mal y del Infierno. Unicamente cuando se llega hasta la cima, se puede comprender el sentido del mal. Hasta ahí, el mal es indescifrable, incomprensible, insoluble. No se puede resolver el problema del mal por medio del raciocinio, ni por estudios ni lecturas; el problema del mal está muy por encima del entendimiento humano. En realidad, el mal no existe. El mal es mal solamente para los débiles. Para los que no están preparados, par los que no saben servirse de él. Para ellos el mal existe, es una realidad muy poderosa. Pero para los hijos de Dios, para los Grandes Maestros, el mal, del que tanto ha hablado la religión cristiana sin

comprenderlo, es una materia preciosa, rica, que aquéllos explotan y del que se sirven para su trabajo.

Cuando estuve en la India, encontré ciertos yoguis a quienes llaman siddhas. Son seres para quienes nada es sucio ni impuro; ellos se alimentan de deshechos, de tripas de animales, de excrementos, de cualquier cosa, porque tienen la voluntad de transformarlo todo para obtener poderes mágicos formidables; y verdaderamente los obtenían, yo pude verificarlo. Sólo que, a mi modo de ver, no es necesario utilizar métodos tan extraños y antiestéticos.

Por lo tanto, en lo que concierne a las técnicas tántricas, no estoy completamente de acuerdo con ellas, sobre todo, si han de ser practicadas por occidentales. Para sublimar la energía sexual la Enseñanza de la Fraternidad Blanca Universal da otros métodos, y cuando los conozcáis, veréis que esta Enseñanza sobrepasa en mucho todas las tradiciones cristianas relativas a la pureza y la castidad, las cuales terminan por hacer del hombre una especie de eunuco; y también sobrepasa aquellas doctrinas que, apoyándose en el tantrismo, empujan a la gente a todo tipo de excesos sexuales. En el siglo pasado hubo en Inglaterra un ocultista, Aleister Crowley, el cual, queriendo hacer experiencias parecidas a

las de los tibetanos, se hundió en la magia negra y terminó por volver locas a algunas de las mujeres con las que hacía sus experiencias. El consiguió poderes, ciertamente, pero, ¿qué precio tuvo que pagar por ellos?

Por lo tanto, no os aconsejo que os aventuréis en esas experiencias porque quedaréis desplumados. Para practicar el tantrismo hay que estar muy ejercitado, ser muy dueño de sí mismo, y aún así, es extremadamente arriesgado. Si estáis verdaderamente decididos a sublimar la energía sexual, la mejor solución es guardar ciertas distancias y no tomar del amor sino dosis homeopáticas, es decir, llegar a contentaros en vuestras relaciones con los hombres y las mujeres con una mirada, con una sonrisa, con algunas palabras, con un apretón de manos. Si deseáis acortar las distancias, acercaros, fusionaros, es mucho más difícil: una vez sumergidos en el fuego, no podréis controlaros, no seréis dueños de vuestras energías y resulta inútil, habiendo llegado a ese punto, hablar de tantrismo.

VI

AMAD SIN ESPERAR SER AMADOS

Ya os he dicho que conozco los métodos del Tantra-Yoga, pero yo he ido más lejos. No considero necesario hacer todas las experiencas descritas en las obras del Tantrismo hindú o tibetano para sublimar la energía sexual y obtener un perfecto dominio de sí mismo. Yo soy partidario de otro tantra-yoga que los supera.

Uno de los métodos de ese tantrismo es el de aprender a amar sin esperar ser amado, porque de esa forma sois libres, y podéis hacer mucho con esa libertad. Desgraciadamente, los humanos no desean la libertad, no la buscan; sino que, por el contrario, se encadenan porque la libertad les pesa, les molesta, no saben qué hacer con ella. Mientras que en medio de las contrariedades, de los golpes, por lo menos hay de qué ocuparse... Sí, sufrir, llorar... Sólo los grandes maestros han resuelto el problema: éstos no se preocupan por saber si se les ama o no, hacen

como el sol, que envía sin cesar su amor a todas las criaturas. No les interesa saber sobre quién puede recaer este amor – sobre nadie y sobre todo el mundo –. Lo que les interesa es que esta energía divina pase a través de ellos, y sentirse dilatados, maravillados, inspirados; eso es lo único que cuenta.

Muchos me han presentado ese problema: amaban a un hombre o a una mujer que, de una o de otra forma, se habían alejado del buen camino: ¿deben continuar amándole? Claro que sí, el amor que tenemos por un ser, siempre produce sobre él ciertos efectos benéficos en las regiones sutiles, y amarle es, por lo tanto, una forma de ayudar. Pero, por otro lado, es preferible no consagrar demasiado tiempo y energía a alguien si no va a aprovecharlo. Lo único importante es amar, pero no a este hombre o a aquella mujer, sino a otras personas, al mundo entero, para que la fuente siga manando. Sobre quién mane, no es importante; no debe dejar de manar, porque en este caso nos dañamos a nosotros mismos: no estamos inspirados, nos sentimos sin alas. Para amar de nuevo, no hay que esperar caer embelesado por otra cara atractiva, porque entonces es el principio del fin.

Pero para comprender lo que digo hay que saber que el amor, el verdadero amor, está por encima de la atracción sexual, incluso por enci-

ma de los sentimientos. El verdadero amor es un estado de conciencia. La atracción es un fenómeno que no se puede producir entre todas las criaturas porque es una cuestión de longitud de onda, de vibraciones, de fluidos; depende, por lo tanto, de elementos puramente físicos.

El sentimiento es superior a la atracción, porque puede estar inspirado por factores de orden moral, intelectual, espiritual. Pero el sentimiento también es variable: un día se ama, y al día siguiente ya no se ama más. Id a ver si los sentimientos de los humanos con respecto a su marido, mujer, hijos, amantes, queridas o amigos son estables. Mientras que el amor vivido como un estado de conciencia está más allá de las circunstancias y de las personas. Es el estado de un ser que se ha purificado tanto, que ha desarrollado de tal forma su voluntad, que ha conseguido elevarse hasta las regiones sublimes del amor divino, y entonces, haga lo que haga, tanto si come, como si se pasea, trabaja o encuentra a otros seres humanos, siente este amor en él y dispone de él para ayudar a todas las criaturas.

Para llegar a ese estado de conciencia hay que aprender a dominarse para que nada pueda acaecer sin vuestro consentimiento, sin vuestra voluntad.

Queréis abrazar a una joven... bien, podéis hacerlo, pero solamente si sois vosotros mismos

quienes lo decidís, y no podéis decidirlo si no os habéis purificado antes durante muchos años, para no dejar ninguna mancha sobre ella; de no hacerlo así el mundo invisible que os juzga, os condenará. No podéis abrazar a nadie ni mantener intercambios físicos si no habéis llegado a ese grado de elevación en el que solamente aportáis la vida, la luz, elementos que deben continuar actuando en el otro para su bien.

El día en que lleguéis a sentir el amor como un estado de conciencia, vuestro amor será inalterable. ¡Pero esa idea está lejos de vuestra mente! La humanidad entera está sumida en la variabilidad: ama y deja de amar, lo cual no solamente es cierto con respecto a las criaturas, sino que también lo es con relación a los objetos y a las tareas. La estabilidad no es la cualidad más extendida entre los humanos.

Incluso vosotros, por ejemplo, venís a la salida del sol y los primeros días estáis exaltados, maravillados, pero después de algún tiempo se convierte en algo automático, porque ya habéis perdido vuestro primer impulso. Para evitar que eso se produzca, hay que acostumbrarse a hacerlo todo como si lo hiciésemos por primera vez: ir cada mañana al encuentro del sol como si fuese la primera vez... ver cada día a la mujer o al marido como si fuese la primera vez, e incluso después de cincuenta años sentirse maravillado

como el primer día. Diréis que eso no es posible. Sí, es posible si se ha llegado a vivir el amor como un estado de conciencia; es posible con la condición de no sentir el amor como un sentimiento o una atracción, sino de vivirlo como un estado de conciencia.

Muchos artistas buscan voluntariamente multiplicar sus experiencias amorosas porque se dan cuenta de que el amor mantiene su inspiración. Desgraciadamente, este amor tan sensual, egoísta y caprichoso, siendo la fuente de algunas inspiraciones, es sobre todo causa de los mayores desórdenes. El amor es como el vino: os emborracha, pero la borrachera producida en las regiones inferiores trae consigo la misma decadencia física y moral que el abuso del alcohol. Saber amar es la mayor victoria, porque el verdadero amor jamás puede destruiros, sino todo lo contrario.

En lo sucesivo, comprended que el único remedio para los problemas del amor, es precisamente el amor. Muchos han venido a mí a quejarse de algunos malestares o desequilibrios, y yo les digo: «¿Por qué habéis dejado de amar?» Esos desarreglos se producen porque habéis oprimido el amor en vosotros; se ha reprimido y os ha transtornado todo. El amor es

un torrente formidable pero vosotros no lo sabéis, no estáis preparados y ha destrozado todas las barreras. Si queréis salvaros de esos tormentos, debéis amar, amar día y noche, amar a todas las criaturas... después ni siquiera quedará tiempo para sentiros atormentados, porque, ¡estaréis completamente ocupados! Mientras que ahora, cuanto más os centráis, más necesitados de amor estáis, y más se complican las cosas. Sed generosos, Dios mío, y os salvaréis; dad vuestro amor a todas las criaturas. Eso es lo que yo hago, y he encontrado el secreto. Evidentemente, se me considera un poco infantil y todo el mundo dice: «¡Oh! pobrecito, es todo corazón...» Precisamente con mi corazón he encontrado el secreto que vosotros todavía no habéis encontrado con vuestro intelecto formidablemente desarrollado.

Debéis admiraros y agradecer cada día al cielo de que existan sobre la tierra millones de mujeres bellas que todavía no habéis tenido la dicha de conocer y contemplar, y millones de hombres inteligentes y fuertes que todavía no habéis tenido ocasión de encontrar. Debéis pensar en eso y regocijaros... Regocijaros sólo con su existencia y con la idea de que un día podréis verles, hablarles, admirarles. ¿Estáis extrañados, no estáis acostumbrados a regocijaros con semejantes ideas?... ¡Ciertemente, es una forma de

pensar muy rara, pero eficaz! Aceptadla y comprobaréis los resultados.

Diréis: «Sí, pero lo que usted nos predica va contra todas las reglas de la moral. Si todos los hombres llegasen a amar a todas las mujeres y viceversa, ya no existirá la familia». Sí, habrá una gran familia, eso es todo. ¿Acaso eso es tan malo?... Comprendedme bien, cuando digo que los hombres deben amar a todas las mujeres y las mujeres o todos los hombres, no significa que deban multiplicar sus experiencias y que el marido sea infiel a su mujer y la mujer a su marido. No; hay que ser fiel, pero hay que saber también que un solo hombre o una sola mujer nunca os podrá dar todo, y que vosotros mismos tampoco podréis dar todo a vuestro marido o a vuestra mujer. Por eso hay que vivir juntos, trabajar juntos, pero amar al mundo entero, sonreir al mundo entero y dejar también al otro la libertad de hacerlo. Sí, hay que amarse, estar juntos, no separarse, pero ensanchando la concepción del amor. Así los maridos y las esposas aprenderán a satisfacerse sutilmente.

El amor seguirá siendo un problema eterno para la humanidad. La única variación residirá en la forma de comprenderlo y de manifestarlo. En el futuro, cada ser humano aprenderá a amar

a todas la mujeres, a todos los hombres, a la inmensidad, a llenar su corazón y su alma con ese esplendor del Cielo : ya no habrá espacio en su amor para un elemento egoísta, personal y limitado.

VII

EL AMOR EXPANDIDO POR TODO EL UNIVERSO

Si preguntáis a un hombre qué es lo que ama en una mujer, os responderá que su pecho, sus piernas, su boca, sus cabellos o sus ojos... Sí, la naturaleza utiliza esas formas atrayentes, apetecibles, para un fin determinado; para evitar la desaparición de la especie humana, ha creado esas bonitas piernas y esos hermosos cabellos para incitar a los hombres y a las mujeres a poblar la tierra. Pero las formas sólo son la apariencia; y los enamorados no saben que, en realidad, lo que les atrae es algo misterioso que se encuentra más allá de las formas: una emanación, un fluido; y cuando desaparece esta emanación o este fluido, ya no se sienten atraídos. ¿Por qué a veces no son atraídos por las mujeres más bonitas y las mejor formadas? Se las admira, pero no se las busca, no se enamoran de ellas. Mientras que otras chicas que no son tan bellas ni están tan bien formadas, producen un efecto extraordinario.

Eso prueba que la atracción no depende únicamente de las formas, de la belleza, de la simetría del cuerpo, sino de otro elemento espiritual, mágico. Por eso, la gente dice que es un fenómeno inexplicable. En realidad es explicable, pero sólo para aquellos que saben. Pero entonces esta vibración, este fluido que os hace felices, que os da la plenitud, ¿sólo se le puede encontrar en un hombre o en una mujer? No, se le puede ir a buscar a la región de donde ha venido. Porque procede de otra parte, no es la persona la que lo ha elaborado, procede de una fuente, de un Creador que lo ha distribuido, y es una pena que la mayor parte del tiempo se le dé la espalda a esta fuente inmensa e inagotable, y se vaya a buscarlo en los hombres y en las mujeres, donde sólo se pueden encontrar algunas partículas del mismo.

Sí, es el amor lo que se busca, no es un hombre o una mujer. La prueba está en que un hombre abandona a su mujer (o una mujer a su marido), porque él ha encontrado el amor en otra parte, en otra mujer. No era pues la mujer lo que buscaba, sino el amor. Y si todavía no lo encuentra en esa mujer, irá a buscarlo en una tercera... en una cuarta... Es el amor lo que cuenta, y no la mujer o el hombre; de no ser así, no se separarían jamás.

El amor existe, en realidad, en todo el uni-

verso. Es un elemento, una energía que está distribuida en todo el cosmos y que los humanos pueden recibir a través de su piel, sus ojos, sus oídos, su cerebro... El amor está en todo, y es una planta la que me lo ha revelado, porque, ya os lo he dicho, yo me instruyo con las piedras, las plantas, los insectos, los pájaros...Un día, en Niza, vi una planta que vivía suspendida en el aire; extraía el agua y el alimento de la atmósfera. La miré mucho tiempo, y me dijo: «Puesto que he conseguido encontrar el elemento que me es indispensable – mi amor – en el aire, ¿ por qué introducirme en la tierra como lo hacen mis compañeras? He encontrado el secreto: extraigo todos los elementos para mi subsistencia del aire.» Entonces medité sobre esta planta y comprendí que los humanos también han sido formados para llegar a extraer el amor de la atmósfera y del sol. Pero para eso deben aprender a desarrollar esos centros superiores que en la India llaman chacras.

El amor es una energía, un fluido, una quintaesencia que existe por todas partes en el universo: en los océanos, en los ríos, sobre las montañas, las rocas, la hierba, las flores, los árboles, la tierra y sobre todo, en el Sol. El amor es una energía cósmica de una abundancia y una diversidad inauditas. Dios, que es sumamente generoso, jamás dispuso que los hombres encontraran

el amor sólo en ciertas partes del cuerpo humano. De no ser así, ¡qué avaricia por su parte! Dios es mucho más generoso, mucho más tolerante. El ha distribuido el amor por toda la naturaleza. Los ignorantes, que sólo van a buscarlo en el hombre o en la mujer, no siempre lo encuentran, mientras que los Iniciados que van a buscarlo en el espacio, jamás se sienten privados del mismo. Pero desde hace millones de años, los humanos se han acostumbrado a considerar las cosas de otra forma, y ya no pueden creer que es posible vivir y amar sin enterrar sus raíces en el suelo.

Buscáis el amor, pero lo buscáis donde todo el mundo lo busca, en sitios conocidos, atávicos, que os parecen fantásticos, pero en los que aquél no se expresa plenamente. Ciertamente hay un poquitín, apenas algunas partículas, las cuales no son suficientes para alimentar y transformar verdaderamente a aquellos que querrían beber el océano entero. Así pues, los sedientos deben ir a buscarlo a otra parte.

¿Por qué esperamos encontrar a un hombre o a una mujer para sentir amor? De ahí nacen las limitaciones, las desgracias, las dificultades, la dependencia. Ni siquiera los verdaderos grandes Maestros pueden vivir sin amor, pero ellos lo buscan, lo encuentran y lo recogen en el espacio, y después lo distribuyen por todas partes

alrededor de sí mismos. Continuamente están sumergidos en el amor: ellos respiran amor, comen amor, contemplan el amor, piensan sin cesar en el amor. Por ello no necesitan esperar a que la mujer se lo dé: ellos ya lo tienen, está ahí, les colma. ¡Es formidable! Entonces, ¿por qué buscarlo en otra parte? ¿Por qué destruir esas sensaciones de plenitud calentándose la cabeza?

Yo no estoy contra el amor sino todo lo contrario; únicamente digo que hay que aprender a encontrarlo por todas partes, porque el amor está en todas partes, como el rocío. ¿Qué es el rocío? Es agua evaporada contenida en la atmósfera que sólo se hace visible cuando se condensa por la mañana sobre las plantas. Sí, ahí lo tenéis, el rocío no es otra cosa que una especie de amor condensado... ¿Y los rayos del sol? Una especie de amor proyectado... ¡En la naturaleza, todo es amor!

La fuente, el verdadero origen del amor es Dios. Pero, ¿no hay algo más cercano a nosotros, una maravillosa imagen de la fuente divina? Sí, el sol, que también es una fuente inmensa y generosa. Mirad, toda la creación se beneficia de su presencia, porque es él quien, con su amor, infunde la vida en las hierbas, las plantas, los árboles... Los vegetales están continuamente expuestos a su luz y de ellos recibimos después la vida.

Por ello,el discípulo que desee conocer lo que es la verdadera vida, el verdadero amor divino, camina hacia la fuente, hacia el sol, y mirándolo, meditando, amándolo, haciéndolo penetrar más y más en sí mismo, como un fruto expuesto al sol, recoge esas partículas de vitalidad que después puede distribuir a los demás para vivificarlos, iluminarlos. En eso consiste el verdadero amor, y no solamente en abrazar a los hombres o a las mujeres y en acostarse con ellos.

De momento el sol no os dice nada, pero cuando hayáis derramado muchas lágrimas y os hayan desplumado, entonces comenzaréis, por fin, a buscar este amor del sol, porque él, al menos, no os hace sufrir, no os quita nada, al contrario, ¡él os da! Pero yo sé por qué los hombres y las mujeres no buscan el amor en el sol: se debe a que no se sufre junto a él, y ellos necesitan sufrir. ¡Sí! Así pues, para encontrar esos sufrimientos, van a buscar a hombres o a mujeres. Ahí, al menos, es seguro que encontrarán complicaciones y contrariedades. Mientras que con el sol, jamás... Excepto si no lleváis sombrero; entonces, sí, ¡protegeos de la insolación!

Ahora bien, no deduzcáis de todo lo dicho que yo condeno las relaciones sexuales. Mi papel es mucho más difícil de lo que podáis imaginar. Yo soy un instructor, un guía espiritual, y

si expongo esta cuestión como lo hago, es para aquellos que son capaces de ir más lejos en la comprensión del amor. Pero los demás, por Dios, que hagan lo que puedan.

Cuando veo a alguien que está construido como un mastodonte, no le digo que viva como un asceta ; yo no soy un fanático. Sé que la cuestión del amor y de la sexualidad debe ser resuelta por cada uno según su naturaleza. Por lo tanto, a aquellos que tengan posibilidades de perfeccionarse, debo ayudarles, darles métodos, de lo contrario se extraviarán, lo cual sería una lástima. He visto muchas personas que buscaban algo sin saber exactamente qué, y como nadie era capaz de instruirles, terminaban por extraviarse.

Pero aquellos que están casados tienen deberes, el marido para con la mujer y la mujer para con el marido. Yo siempre he dicho que sobre esta cuestión de las relaciones sexuales, los matrimonios deberían tomar decisiones juntos. Digo bien : no por separado, juntos. Desgraciadamente, no siempre se hacen así las cosas. O es la mujer quien es desgraciada porque su marido decide bruscamente vivir como un asceta y la mira como una encarnación del Diablo, o es el marido el que sufre porque su mujer se hace la mosquita muerta. Es deseable que, aun casados, los hombres y las mujeres puedan espiritualizar-

se, sublimar su amor, pero con el consentimiento mutuo.

Para evitar malentendidos, repetiré que ante todo es necesario que los dos, marido y mujer, estén de acuerdo; y después deben caminar poco a poco sin abandonar bruscamente las relaciones, porque entonces enfermarían. Imaginad que alguien fuma cuatro paquetes de tabaco diariamente. Si deja bruscamente de fumar, va a sufrir terriblemente. Pero si lo deja poco a poco, progresivamente, su organismo se adaptará, y un día podrá dejar de fumar completamente sin sufrir. Sí, en todo hay que saber cómo proceder.

Evidentemente, no soy tan inocente como para creer que lo que digo va dirigido a todo el mundo. Entre millones y millones de hombres, apenas hay dos o tres que estén preparados para comprender verdaderamente lo que es el amor y vivirlo. Esa es la realidad, la triste realidad. Pero eso no es una razón suficiente como para no instruir a esos dos o tres y lograr que se animen y adquieran confianza y fuerza, en lugar de dudar, vacilar, y volver atrás, uniéndose a la masa de todos aquellos que son débiles, primitivos y sensuales. Yo me veo obligado a hablar, no para todo el mundo, sino para los pocos que buscan nuevos caminos.

VIII

EL AMOR ESPIRITUAL, UNA FORMA SUPERIOR DE ALIMENTARSE

¿Por qué los hombres y las mujeres se buscan entre sí? Es el hambre lo que les empuja. Tienen hambre y quieren comer. En efecto, el amor es un alimento, una bebida; es comparable al pan, al agua, al vino... Amar es exactamente igual que alimentarse: actúan las mismas leyes, los mismos procesos. Por eso, siempre os lo he dicho, si no habéis comprendido los procesos de la nutrición, tampoco comprenderéis los del amor. Mientras consideréis que hay que comer únicamente para alimentar vuestro cuerpo físico porque tenéis hambre o porque os gusta comer, sin hacer ningún trabajo para captar las partículas etéricas de la comida, no seréis capaces de tomar esas partículas etéricas que hay en los hombres y en las mujeres que encontréis; os veréis obligados a hacer intercambios groseros con ellos: os veréis obligados a alimentaros como orugas, en lugar de alimentaros como

mariposas. Sí, observad la lección que nos da la naturaleza a través de la metamorfosis de la oruga en mariposa.

La oruga es fea, está hinchada, y se desplaza pesadamente, nadie tiene muchas ganas de mirarla. Como cada criatura, necesita comer, pero resulta que tiene una gran apetencia por las hojas. No le gustan ni las flores ni los frutos, sino las hojas, las cuales son absolutamente indispensables al árbol, ya que a través de las hojas el árbol transforma la luz del sol. Por lo tanto, comiendo las hojas, la oruga perjudica al árbol, el cual ya no puede producir flores ni frutos, y por ello, el hombre hace todo lo posible por destruirla en los campos y en los jardines. Esa es, pues, la vida de la oruga...

Pero un buen día, no se sabe por qué, la oruga comienza a darse cuenta de que esta vida no es tan buena. Ve en el cielo hermosas mariposas, coloreadas, livianas, al lado de las cuales se siente fea y desagradable; también comprende que es dañina y que por ello los hombres quieren destruirla. Entonces decide cambiar, convertirse en algo mejor, y entra en meditación... Comienza a preparar un capullo porque tiene necesidad de tranquilidad, y para ello segrega un líquido que, al solidificarse, se convierte en un hilo resistente... Y ahí tenéis la seda. La seda es un producto de la oruga; y si es tan preciosa, es

seguramente porque ha sido preparada en un estado meditativo y espiritual... En todo caso, los vestidos de seda son una gran protección contra los fluidos negativos. (Los de lino también)

Por lo tanto, la oruga entra en una meditación profunda... Tan profunda que se duerme. Pero en su subconsciente, – porque la oruga también tiene un subconsciente – todas las fuerzas y energías comienzan a hacer un trabajo sobre esta imagen que tanto la ha impresionado, la imagen de la mariposa. Porque las verdaderas transformaciones nunca las logra el pensamiento, la conciencia, sino las fuerzas del subconsciente; por eso, cuando queráis que se realice un deseo, es necesario que sepáis cómo descender hasta vuestro subconsciente para sonsacar la imagen que queréis realizar; de no ser así, no se sabe cuánto tiempo hará falta para conseguir esta realización. Sólo las fuerzas del subconsciente tienen un gran poder sobre la materia.

Y después de algún tiempo, del capullo donde se había encerrado la oruga, ¡sale una mariposa! Y es precisamente este fenómeno el que debemos descifrar para comprender qué es lo que nos enseña la Inteligencia cósmica mediante esta metamorfosis de la oruga en mariposa.

Hasta una cierta edad, y ello puede durar centenares de encarnaciones, el hombre es como

la oruga que tiene necesidad de comer hojas: satisface sus apetitos a expensas de los demás, los ensucia y los destroza. Pero el día en que, hastiado de sí mismo, decide cambiar para convertirse en algo mejor, comienza a concentrarse, a meditar, y sobre todo, a preparar un capullo para protegerse... Y ese capullo, es el aura. El discípulo que toma consciencia del poder del aura y que trabaja sobre ella, se transforma en mariposa, es decir, en iniciado. Entonces deja de «comer» a los seres – como la oruga deja de comer las hojas – y comienza a alimentarse del néctar y del polen, es decir, de sus emanaciones sutiles. Ved que ser un hombre ordinario o un Iniciado, corresponde a una forma diferente de alimentarse.

Evidentemente, para muchas «orugas» esta metamorfosis todavía no es posible. Os dirán que las cosas deben seguir tal y como la naturaleza las creó hace miles de años. No saben que pueden convertirse en mariposas, en seres alados, alimentándose de los elementos más puros. Naturalmente, hará falta alimentarse eternamente, pero hay muchísima comida, y también diversas formas de alimentarse. En lugar de mantener con las criaturas intercambios groseros, antiestéticos, e incluso repugnantes, podemos hacer intercambios sutiles, como la mariposa, sin ensuciar ni destruir nada: darse mutua-

mente mucho amor, pero sin descender, sin comer las hojas.

Cuántos jóvenes me han confirmado que después de haber hecho ciertas experiencias, se sienten pesados, incómodos... Entonces, les respondo: «No os enfadéis, pues vuestro estado interno es exactamente el de alguien que ha pasado a través de varias chimeneas: os habéis manchado y ensuciado vuestros vestidos etérico, astral y mental». Sí, esas experiencias han dejado en sus subconscientes impresiones, naturalmente invisibles, pero reales, y cuando quieren hacer un esfuerzo en el plano espiritual, se sienten impedidos, sobrecargados, atrapados. Antes se sentían ligeros, henchidos, felices y animosos, mientras que ahora están un poco encogidos y se sienten avergonzados, ya no muestran un rostro luminoso como mostraban antes. Y todos dicen: «¡No sabíamos que fuese así. Si lo hubiésemos sabido!»

Verdaderamente los jóvenes de todo el mundo no saben lo que les espera cuando se lanzan a ciertas experiencias. En realidad no les interesa saberlo. Lo que ellos quieren es sentir placeres, sensaciones, ser felices, según dicen; y sin embargo, no es la felicidad lo que les espera, sino la vergüenza, el arrepentimiento, algo pesado, sombrío. Y esa es una de las mayores tristezas de la humanidad: la ignorancia en que vive

la juventud. Después, cuando esos jóvenes vienen aquí, a la Fraternidad, comprenden que hay verdades que deben conocer, leyes que hay que respetar, y deciden romper con su vida anterior. Sí, pero, ¿cómo eliminar las reminiscencias de lo que se ha vivido? Es necesario lavarse cada día, purificarse, trabajar con la luz, orar, meditar, unirse al Cielo. Poco tiempo después, – paulatinamente – comienzan a ver más claro y a avanzar.

Que la juventud acepte ser iluminada, instruida y dirigida por los Iniciados, que no se precipite lanzándose a experiencias inútiles y peligrosas.. Y entonces el Cielo enviará a todos, chicos y chicas, aquella o aquel que les convenga. En todo caso, ¡que no se me acuse de inducir a la juventud al error! ¡Mirad en qué estado se encuentran los jóvenes que hicieron experiencias prematuras! Se muestran alegres y gozosos, pero sólo lo aparentan. Sentimos que no tienen la misma inspiración, que algo se ha apagado en ellos, que algo se ha roto. Habría hecho falta que supieran que cuando se provocan en uno mismo erupciones volcánicas, se producen consecuencias. En alguna parte de la estructura psíquica del ser se producen explosiones, rupturas formidables, pérdidas de quintaesencia de inestimable valor.

Diréis: «Pero entonces, ¿no debemos regoci-

jarnos ni disfrutar de ningún placer?» Sí, pero hay que saber cuándo y de qué manera. Todo puede convertirse en algo maravilloso y magnífico cuando se sabe cómo comprender y cómo actuar. Os lo he dicho muchas veces: la energía sexual es una fuerza que puede compararse al petróleo. Esta fuerza quema a los ignorantes y a los torpes, quema su quintaesencia, mientras que sirve a aquellos que saben utilizarla, los Iniciados, para volar por el espacio. Así pues, ya lo veis, ¡los idiotas son quemados y los inteligentes vuelan por el espacio! Ninguna imagen resume tan perfectamente la cuestión de la energía sexual Entonces, ¿por qué no volar por el espacio hasta las estrellas y conocerlo todo en lugar de quemarse?

Yo nunca he negado que haya cosas positivas en el amor físico. Puesto que la Inteligencia cósmica ha dispuesto las cosas así, no soy quién para criticarlo. Pero la Inteligencia cósmica ha previsto también una evolución para la humanidad, y en todos los ámbitos. Cada vez nos indignamos más en nuestra época contra ciertas manifestaciones de violencia y de crueldad que se consideraban normales hace algunos siglos; ahora se las declara indignas del hombre. Entonces, ¿por qué no va a haber también una evolución en el ámbito del amor?

Para los que saben leer, esta evolución está inscrita en una página del gran libro de la naturaleza viva: en la historia de la oruga y de la mariposa. Y no es el único ejemplo. Estudiad también la vida de las abejas. Se ha escrito mucho sobre las abejas, sobre la organización de su sociedad, sobre sus hábitos, pero en cuanto a lo que representan desde el punto de vista simbólico, no se concoce gran cosa. Las abejas recogen el néctar y el polen de las flores con el que luego hacen un alimento delicioso, la miel. Simbólicamente, ese trabajo es el de los Iniciados o el de los discípulos avanzados, que toman de los seres humanos que frecuentan los elementos más puros, más sutiles, para hacer una miel que alimentará a los ángeles. De la misma manera que la abeja no come las flores, el Iniciado, en lugar de devorar a los humanos como lo hacen la mayor parte de la gente, sólo toma de ellos lo más espiritual. Gracias a sus conocimientos alquímicos, prepara en su corazón, en su alma, una quintaesencia, un alimento, un perfume delicioso que los ángeles vienen a recoger.

He aquí lo que representa la abeja: un Iniciado. En cada alma humana, incluso en la de los criminales, el Iniciado encuentra elementos divinos, y es con todas esas quintaesencias con las que produce la miel espiritual. Un ser que sabe transformarlo todo, sublimarlo todo, iluminarlo

todo, prepara la miel. Es una abeja; la colmena está en él mismo, y elabora la miel con los elementos más puros, más sutiles que se desprenden de él, es decir, con sus emanaciones.

Todos los seres humanos son llamados a extraer esta quintaesencia para transformarla en su interior. Deben aprender a hacerlo, y para ello deben trabajar con el intelecto, con el corazón y con la voluntad, porque con esos tres elementos podemos realizarlo todo en nuestro alambique interno. Esa es la verdadera alquimia. Los grandes Iniciados, los cuales son los verdaderos alquimistas, sólo enseñan eso: cómo convertirse en una abeja, cómo extraer lo mejor de todo lo que se encuentra en la naturaleza, y sobre todo en los seres humanos; ellos les miran, les hablan, cada ser humano es una flor para ellos. Sí, es maravilloso, y esta filosofía está escrita en la naturaleza. Es ahí donde los Iniciados la han descubierto.

El gozo, el verdadero gozo no se encuentra en las relaciones físicas. Observad, por ejemplo, el comienzo de dos jóvenes enamorados: todavía no se han besado, ¡pero viven dichosos, entusiasmados! Al levantarse y al acostarse, ante la idea de que el otro existe, de que se encontrarán, de que se hablarán, se convierten en poetas. Se escriben alguna que otra poesía, se dan pétalos de rosas que son como talismanes

para ellos... Pero cuando comienzan a besarse, a acostarse juntos, se acaban todas esas sutilidades, ya no se regocijan tanto como antes, ya no piensan tanto el uno en el otro como antes, empiezan las dificultades, los reproches. Antes, estaban en el paraíso. Entonces, ¿por qué no han prolongado esta felicidad por más tiempo?

Ya sé que me vais a decir que no se puede continuar eternamente alimentándose con dosis homeopáticas, con sonrisas, con palabras, que se tiene necesidad de algo más substancial. Bueno, pero luego no os extrañéis ni reprochéis nada a nadie: comed el potaje que habéis preparado, eso es todo. Puesto que, en realidad, no queréis vivir en la luz ni en la poesía, puesto que os hace falta algo más substancial, no me opongo a ello, pero os advierto lo que os espera.

Yo no fuerzo a nadie, me contento con explicar. Mi enseñanza es como una mesa sobre la que he puesto todo lo que existe: frutos, legumbres, pescados, quesos... todos los alimentos de la tierra están puestos ahí, pero eso no quiere decir que cada uno tenga que comerlo todo. Debo presentaros todas la verdades, todos los métodos, todas las soluciones, pero cada cual debe elegir lo más conveniente para su estómago.

IX

UN TRANSFORMADOR DE LA ENERGÍA SEXUAL: EL ELEVADO IDEAL

A menudo me han preguntado si es preferible vivir en la castidad o, al contrario, tener relaciones sexuales. En realidad, no es así como hay que plantearlo: es imposible decir de una forma general lo que es bueno o malo... todo depende de la persona. Vivir en la castidad, en la continencia, puede dar muy malos resultados, pero también muy buenos. La continencia puede volver a unos histéricos, nerviosos, enfermos, y a otros fuertes, equilibrados y saludables. Dar libre curso al instinto sexual puede hacer mucho bien a unos y mucho daño a otros, Por lo tanto, no se deben clasificar las cosas diciendo: «Eso es bueno... eso es malo». El bien y el mal dependen de otro factor: cómo se utilizan las fuerzas, cómo se las dirige. Nada es bueno o malo, sino que se convierte en bueno o malo.

La cuestión es saber primero cuál es vuestro ideal, en qué queréis convertiros. Si queréis hacer grandes descubrimientos en el mundo

espiritual, evidentemente tendréis que reducir vuestra apetencia de placeres o incluso renunciar completamente a ellos para aprender a sublimar vuestra energía sexual. Pero si no tenéis este elevado ideal es inútil reprimirse, ser casto, virgen, e incluso sucederá que caeréis enfermos porque vuestros esfuerzos no conducirán a nada. En este campo no es razonable dar los mismos consejos y las mismas reglas a todos.

Alguien viene a verme y me dice: «Maestro, yo creo que no es bueno para mí el casarme y tener hijos; es la espiritualidad lo que me atrae». Y cuando miro su constitución, su estructura, respondo: «No, no, es mejor para usted casarse, sino será horrible, usted será desgraciado y su desgracia afectará a todo el mundo». Y algún otro que quiere casarse, puede que le diga: «Cásese si así lo quiere, pero usted debe saber que no ha nacido para el matrimonio y que sufrirá». Muchos jóvenes no se conocen a sí mismos y no saben qué hacer. Cada cual viene a la tierra con un programa que cumplir. No es él quien puede decidir sus tendencias ni sus instintos.

Explicad por ejemplo a un gato que debe hacerse vegetariano y no comer más ratones; él os escucha y os responde: «¡Miau!» es decir: de acuerdo, he comprendido, lo prometo. Pero mientras que estáis predicándole, oye un ruido

en alguna parte: es un ratón que roe... Rápidamente el gato os abandona para echarse sobre el ratón, naturalmente sin remordimiento alguno. Por tanto, él os había escuchado atentamente, os había hecho una promesa... Pero ahora vuelve limpiándose los bigotes, y diciendo: «¡Miau!», es decir: es más fuerte que yo (sí, traducción literal), yo no puedo cambiar mi naturaleza de gato de un día para otro. Por lo tanto, mientras se es gato, se comen ratones.

Ahora bien, eso no quiere decir que no debáis hacer esfuerzos por sublimar la energía sexual sino que, ya os lo he explicado, no podéis luchar contra ella; si lo intentáis, os triturará. Por lo tanto, mirad cómo debéis actuar: debéis tener un socio muy poderoso a quien enviar esta fuerza, y él, gracias a su saber alquímico, conseguirá transformarla en salud, en belleza, en luz, en amor divino. Este socio es un elevado ideal, una idea fundamental con la que vivís, a la que queréis, que alimentáis, y es ella la que transformará esta energía, no vosotros. Por eso, aquél que no tiene un ideal espiritual no lo conseguirá, y sólo se le puede dar un consejo: que encuentre rápidemente a alguien y que se case, si no será un peligro público, molestará a todo el mundo.

Como veis, no os ofrezco aventuras inciertas, sino que os presento claramente la cuestión. Si no tenéis el deseo de convertiros en un ser

magnífico, en un conductor de la luz, en un bienhechor de la humanidad, nunca conseguiréis destruir esta fuerza ; por lo tanto, dadle una salida, casaos, tened hijos. Pero si tenéis ese elevado ideal, sería criminal abandonar todo el Cielo para ir a satisfacer a un marido o a una mujer. Por lo demás, cabe la posibilidad de que no consigáis satifacer a la otra persona a pesar de vuestros esfuerzos. Merece la pena trabajar por un gran ideal, porque esas energías irán a alimentar y a reforzar este ideal. Sí, si en el momento en que sentís un impulso sexual os concentráis en vuestro ideal, esta energía se remonta hasta el cerebro para alimentarlo, y pocos minutos después os sentiréis liberados, y habréis logrado la victoria.

¡Cuántas veces os he hablado sobre la importancia de tener un elevado ideal! Bien, pues escuchad hoy una aplicación inesperada en el campo sexual. Haced converger todas las energías hacia una idea sublime y no solamente hacia el placer: son ellas las que os servirán y las que contribuirán a la realización de esta idea. A pesar de que os estoy hablando del elevado ideal, todavía no habéis comprendido qué poderoso transformador de energías es. La única cuestión está en saber cómo se puede tener este elevado ideal, cómo se le puede hacer nacer y cómo alimentarlo.

En realidad, es simple. ¿Queréis mejorar, ser más sabios, más radiantes, más puros, más fuertes?... Debéis consagrar cierto tiempo en desear y en visualizar esas cualidades.

Podéis imaginar que estáis rodeados de luz, que emanáis amor hacia el mundo entero. Poco a poco, las imágenes que formáis de esas cualidades se vuelven más vivas, actúan sobre vosotros, os transforman, porque trabajan para atraer del universo los elementos apropiados para infundirlas en vosotros. Claro está que es necesario mucho tiempo y mucho trabajo antes de llegar a un resultado, pero cuando se logra ese resultado, no hay duda: sentís encima de vosotros una entidad viviente que os protege, os instruye, os purifica, os ilumina y que en los casos difíciles os aporta los elementos que necesitáis. Primero hay que lograr esta perfección en el mundo mental, y luego descenderá para concretarse en la materia.

Comprendedme bien: no soy tan estrecho o fanático como podáis creer. Yo soy tolerante, muy tolerante. Sólo que, debido a mi tarea de instructor, tengo para con vosotros el deber de mostraros lo que es mejor. «¡Sí, pero no se le puede seguir!» me decís. No importa, lo conseguiréis en la próxima reencarnación; no hay que suicidarse con el pretexto de que no se consiguen los resultados deseados. Yo debo mostraros nue-

vas posibilidades, nuevos caminos, deciros cómo podéis comenzar; pero si por el momento no podéis, no os voy a agarrar por el cuello. Mi tarea es la de daros explicaciones, después cada cual debe elegir según su naturaleza, su temperamento, su grado de evolución.

Si el Cielo me ha confiado este trabajo con vosotros, es porque sabe que soy tolerante, y que no os induciré a error. Si alguien no es capaz ahora, si no está dotado, no es por mi culpa, es porque todavía no ha trabajado en sus encarnaciones pasadas, y ahora encuentra enormes dificultades Pero a aquellos que ya están preparados debo darles medios para que vayan más lejos. Si no os los doy yo, ¿quién os los va a dar?

Lo que es precioso y esencial es el amor, pero para reforzarlo, para protegerlo y hacerlo duradero, es necesario que las manifestaciones físicas disminuyan. Sin embargo, es necesario saber que es muy peligroso renunciar a un gozo sin reemplazarlo por otro, porque eso se refleja dolorosamente en el sistema nervioso. Para no sufrir luego reacciones negativas, es necesario reemplazar siempre un placer por otro placer, más espiritual.

En la Ciencia iniciática está escrito que la renuncia no es una privación, sino un cambio, una transposición a otro mundo. La actividad

sigue siendo la misma, pero con materiales más puros, más luminosos. Cuando se dice que hay que privarse, renunciar, sacrificarse, no es más que una forma de hablar. En realidad, no es necesario privarse ni renunciar a nada, sino únicamente desplazarse, es decir, hacer arriba lo que se hacía abajo: en lugar de beber agua en una ciénaga donde pululan los microbios, hay que beber agua de una fuente pura, cristalina. No beber es la muerte. Un verdadero Maestro no se priva de nada: come, bebe, respira, ama, pero en regiones, en estados de conciencia desconocidos para el hombre ordinario.

El método que generalmente adopta la gente para deshacerse de la necesidad de fumar, de beber o de frecuentar mujeres (suprimir la costumbre sin reemplazarla por nada), es extremadamente peligroso: les hastía y les sumerge en el vacío. Es necesaria una compensación, hay que substituir el deseo inferior por otro superior. Por lo tanto, reflexionad bien cada vez que queráis renunciar a una necesidad que esté fuertemente arraigada en vosotros, porque es una decisión muy grave. Es necesario reemplazar esa necesidad. Así que, para que la necesidad sea satisfecha, continuad comiendo, bebiendo, amando o viviendo, pero en un grado que no os exponga a los mismos peligros. Si no reemplazáis vuestras necesidades, sucumbiréis.

Si un Iniciado no encontrase el gozo, un placer mucho más elevado en sus meditaciones, contemplaciones, forma de vivir, en su amor por los humanos, jamás podría vencer: porque los Iniciados están constituidos como todo el mundo. Pero gracias al inmenso amor que sienten consiguen sublimar sus energías.

No luchéis nunca contra el instinto sexual solamente con vuestra voluntad. Para vencer hay que atraer las fuerzas celestes, es decir, un ideal elevado, un inmenso amor por la perfección, por la pureza, por la belleza. Si no tenéis este ideal, si no amáis la vida divina, la vida perfecta, no luchéis contra la energía sexual: seréis destrozados. El rechazo no es una solución al problema de la sexualidad, porque el rechazo no es otra cosa que negarse a dar a la energía sexual su salida habitual, sin tener una idea en la cabeza, un ideal que realice en los planos superiores un trabajo para sublimar esta energía.

Podéis confiar en mí, conozco la cuestión. No os digo nada que no haya verificado antes yo mismo, y precisamente, porque he verificado estas grandes leyes, tengo el derecho de hablaros. Desde hace más de cuarenta años os doy puntos de vista, y si los comprendéis os pueden hacer mucho bien. En toda mi vida no he hecho otra cosa que experimentar conmigo mismo para estudiar y encontrar los mejores métodos, y gra-

cias a esas experiencias ahora puedo seros muy útil. Pero si no tenéis confianza en mí, si teméis ser desgraciados aplicando esos métodos, no los apliquéis; no me opongo a ello, pero sois vosotros quienes sufriréis. Un día os daréis cuenta de lo estúpidos que habéis sido por actuar a la ligera, porque ni siquiera habéis comprendido dónde se encontraba vuestro verdadero interés.

X

ABRIR AL AMOR UN CAMINO HACIA LO ELEVADO

Los Iniciados nos enseñan que en el origen del mundo sólo existía el Absoluto que la tradición Cabalística llama Aïn Soph Aur, es decir, Luz sin fin. Entidad incognoscible, inconcebible. Solamente se puede decir que El era el Ser y el No-Ser, sólo el silencio podría expresarlo. El contenía todo en potencia, y cuando quiso manifestarse, emanó una parte de Sí mismo. Pero para que esta manifestación fuese posible, debió polarizarse en positivo y negativo, en masculino y femenino, porque sin polarización no puede haber manifestación. Por lo tanto, debido a la polarización aparecieron los dos principios, y precisamente con esos dos principios Dios lo creó todo. Evidentemente, llevaría demasiado tiempo explicar esta cuestión, pero en pocas palabras se puede decir que el mundo sutil, organizado y luminoso, emanado del Absoluto, es el mundo de la «creación», es el Espíritu, el Cielo; y que a su vez ese mundo de la creación

se ha condensado, concretado a través de sucesivas etapas para que resultase el mundo de la «formación», la materia, el plano físico.

Y para expresar esta verdad, uno de los más grandes Iniciados, Hermes Trimegisto, ha dejado esta frase: «Como es abajo, es arriba». El quiso mostrar que si se sabe razonar correctamente y comprender bien lo que está abajo, en el plano físico, se puede conocer lo que está arriba, es decir, el ámbito de las Ideas, de las fuerzas, del poder, todo lo que es invisible y sutil. Puesto que en el plano físico el hombre y la mujer son un reflejo de los dos principios masculino y femenino que existen arriba, debemos concluir que – contrariamente a lo que enseña la religión cristiana, para quien Dios tiene solamente un Hijo – Dios, que es el principio masculino, posee también su polo femenino, es decir, que tanbién tiene una Esposa.

En todas las religiones, Dios, el Espíritu Cósmico, tiene una Esposa; en la Cábala se le llama Shékina. Sí, la Esposa de Dios es la Naturaleza; y el Espíritu cósmico y la Naturaleza, su mujer, tienen hijos. En todas las religiones se puede encontrar esta Trinidad: en la India, con Brahma, Prakriti y Purusha; en la religión egipcia con Osiris, Isis y Horus. Sólo la religión cristiana es una excepción. ¿Por qué? Porque según una opinión errónea que se extendió, todo lo que es

masculino es perfecto y todo lo que es femenino no lo es. A menudo, antiguamente, los padres se ponían furiosos cuando les nacía una hija. Incluso para muchos cristianos, la mujer es una criatura del Diablo porque fue ella la que sedujo a Adán. Eso demuestra que no se ha comprendido nada de lo que dice la Biblia, y este error debe corregirse. También Dios tiene una esposa, de lo contrario nosotros no habríamos sido creados a su imagen y semejanza. Sin el principio femenino no habría creación, porque nada en la naturaleza puede vivir y expandirse sin la participación de los dos principios. Puesto que nosotros fuimos creados a imagen de Dios, hay que devolver su verdadero lugar a ese principio femenino, que también es esplendor y perfección.

Pero volvamos a los tres principios de la Santísima Trinidad, representada en la religión cristiana por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El primer principio representa el poder, la Fuente de toda vida. El segundo principio, el Cristo, representa la luz, la inteligencia. Y el tercer principio, el Espíritu Santo, es el principio del amor. Sí, el Espíritu Santo es el fuego del amor.

Si las Escrituras dicen que todos los pecados serán perdonados excepto los pecados contra el Espíritu Santo, es porque, precisamente, el

pecado contra el Espíritu Santo es el pecado contra el amor. El cristianismo nunca ha sabido explicar en qué consiste el crimen contra el Espíritu Santo y por qué no es perdonado, pero hoy quiero aclarar esta cuestión asumiendo la responsabilitad de ello.

En la vida, todo el mundo sabe que si nos falta inteligencia o voluntad, sólo cosechamos fracasos y desilusiones. Pero nos imaginamos que, aunque en el ámbito del amor no se tengan concepciones justas o nos manifestemos incorrectamente, no se comete ningún crimen, no se puede fracasar, y que no es grave. Pero sí lo es. Ser estúpido, es grave, y ser débil también, y hacer el amor como un animal, ¿no será grave?... Pues bien, he ahí un razonamiento estúpido. Es esta falta, precisamente, la que no se perdona, porque las consecuencias son deplorables; para ella no puede haber perdón, se es castigado y se debe pagar. Diréis: «¿Pagar? Pero, ¿de qué forma?» Desde el momento en que sentís ciertas sensaciones, que os permitís ciertos placeres, eso significa que estáis quemando materiales, y por lo tanto, lo estáis pagando.

Toda manifestación fisiológica es una combustión. Aunque sólo sea pensando o hablando, ya se queman materiales... Todavía es más cierto en el ámbito de las emociones; cuando sentís de repente una gran alegría o una gran tristeza,

se debe a que los materiales arden y producen deshechos; después es necesario mucho tiempo para recuperarse. Cada manifestación, cada emoción, cada sensación es un gasto de materiales y de energía. Entonces, ¿cómo podemos imaginar que en las efervescencias del amor no se gasta nada, no se pierde nada? Es ahí precisamente donde los dispendios son más grandes y donde es más difícil recuperarse, porque se quemaron en la caldera las quintaesencias más útiles para la vida y la salud.

Eso no quiere decir que haya que suprimirlo todo y vivir sin amor; la cuestión está en vivir una vida sensata, inteligente, estética. Pero cuando vemos cómo se revuelca la gente en los placeres físicos, sin intentar añadir otro elemento más espiritual, hay motivos para extrañarse e incluso para sorprenderse, porque es una pérdida, una gran pérdida en todos los campos. Pero a ellos no se les ocurre pensar que pierden algo, y además lo dicen: «Esos órganos no se consumen». Naturalmente, esos órganos no se consumen, pero en el cerebro, hay una materia que se consume rápidamente y es necesario saberlo.

Y ahora, que no se sorprendan los cristianos de lo que os voy a decir. Según la ciencia de los símbolos, el Padre Celestial está unido al cere-

bro. El Cristo está unido al Plexo Solar, que es el verdadero corazón. Y en cuanto al Espíritu Santo, está unido a los órganos genitales. Os revelo este misterio por primera vez: el Espíritu Santo está unido al amor y a los órganos genitales. Por lo tanto, para no cometer faltas y ser castigado, hay que aprender a tener una actitud correcta respecto a estos órganos que Dios nos ha dado. Yo pienso que no hay nada más maravilloso, más inteligente y más profundo que los órganos genitales del hombre y de la mujer. Hay que estimarlos, apreciarlos, incluso consagrarlos a la Divinidad.

En la Ciencia iniciática se enseña que a pesar de que la energía sexual se manifesta a través de los órganos genitales de forma muy imperfecta, en realidad, esta energía viene del Cielo. Yo no estoy de acuerdo con la gente que pretende decir que «el amor no es más que la fricción de dos epidermis». Se fijan en las consecuencias, pero la causa, el origen de esta energía es muy lejano, y por eso se les escapa. En realidad, si no viene esta energía, ninguna fricción servirá de nada. Sí, el amor es una energía divina que viene de lo alto, y, por lo tanto, hay que considerarla con respeto, preservarla y pensar incluso en hacerla retornar al cielo, en lugar de enviarla hacia el Infierno, donde los monstruos, las larvas, los elementales la toman y la utilizan. Es necesario

devolver esta energía, pero eso es toda una ciencia, y la gente tiene demasiada prisa como para pararse a estudiarla; sólo piensan en deshacerse de esta presión lo más rápidamente posible porque sienten, como si dijéramos, una terrible tensión que les empuja... Pero, ¿por qué no comprenden que esta tensión es la mayor riqueza?

Se debe condiderar al ser humano como un edificio de cincuenta, cien o mil pisos, y comprender que se necesita una gran tensión, una gran presión para que el agua puede llegar a los habitantes que están en el último piso. Los hombres y las mujeres deben saber qué es esta tensión que sienten para poder utilizarla; de esta forma conseguirán dar de beber y de comer a las células de su cerebro, porque esta energía puede subir hasta el cerebro a través de canales que la Inteligencia cósmica ha preparado especialmente. Aunque aún no los haya descubierto con sus aparatos, la ciencia no tiene derecho a negar su existencia.

Cuando el hombre y la mujer consumen esta energía sagrada irrespetuosamente, sin verdadero amor, sin voluntad para realizar creaciones sublimes, cometen el pecado contra el Espríritu Santo. Y actualmente es el pecado más extendido. ¿Quiénes son los hombres y mujeres que todavía consideran el amor como una energía que puede permitirles restablecerse, recrearse,

reencontrar el camino del Cielo y convertirse en verdaderas divinidades? A través del amor la humanidad se dirigirá hacia el Paraíso, y desgraciadamente, a través del amor hoy se aleja de él cada vez más.

Pero, por lo menos, que esto quede claro para vosotros de una vez por todas. Según el comportamiento que adoptéis con respecto al amor y a los órganos genitales, entráis – o no entráis – en armonía con este Ser Sublime que es el Espíritu Santo cósmico, y reencontráis el Reino de Dios en vosotros mismos, o transgredís sus leyes.

Podéis sacar, pues, una conclusión: los mismos órganos son capaces de haceros descender hasta el Infierno o ascender hasta el Cielo; ello depende de cómo orientéis vuestras energías.

Está escrito en la Tabla de Esmeralda: «Sube de la tierra y desciende del Cielo y recibe su energía de las cosas superiores y de las cosas inferiores... Es la energía más poderosa de todas las energías...»

Ved el trayecto normal de esta energía: del cielo a la tierra, y de la tierra al cielo.

Por lo tanto, la cuestión no está en suprimir el amor, comprimirlo o rechazarlo, sino en encontrar los métodos, los medios para manifestarlo correctamente. El amor es una energía que viene de muy alto, que es de la misma esencia

que el sol, y el hombre tiene la misión de recibir esta energía y de hacerla circular en él, para devolverla después al Cielo, su lugar de origen.

Cuando Dios creó al hombre y a la mujer, los equipó con todo un extraordinario sistema de canales a través de los cuales la energía sexual puede, si se sabe dirigirla, reencontrar su camino hacia lo alto. Todas esas instalaciones están ahí; cada cual las posee, y, sin embargo, los humanos las tienen tan abandonadas que están oxidadas, desconectadas. Además, por ser esos canales de naturaleza fluida, por lo tanto, mucho más finos que los del sistema nervioso, sólo los clarividentes pueden verlos y discernir el trayecto que siguen esas energías, las cuales, proveniendo de muy abajo, se dirigen hacia lo alto para ir a alimentar el cerebro.

Comprendedme bien, los Iniciados no se ocupan de impedir que descienda esta energía, ni siquiera lo intentan. Sólo algunos puritanos alucinados luchan, pero siempre resultan abatidos, triturados, porque luchan contra el principio divino, contra la energía solar, contra ese río que corre y que es el mismo Cristo, puesto que El ha dicho: «Yo Soy el Camino, la Verdad y la Vida». Cuando las capas de impurezas se amontonan en el hombre a causa de sus pasiones, de sus arrebatos, esta energía no puede subir, se hunde en la tierra, se pierde. Pero si el hombre

es puro, si es dueño de sí mismo, si verdaderamente está unido a Dios, esta energía que desciende cada día, continuamente, no se pierde, sino que toma de nuevo su camino hacia lo alto. Por lo tanto, se trata de una circulación ininterrumpida...

Cuando el hombre comprenda las obras de Dios y vea cómo está construido el mundo, que el punto de partida es el Cielo, y que el punto de llegada es el Cielo, la tierra ya no será un obstáculo para él. El amor viene del Cielo y debe volver al Cielo. No existen dos, tres o cuatro amores, sino que siempre es el mismo, pero comprendido y vivido a diferentes niveles. Se ha dicho que Dios es amor, jamás se ha dicho que el Diablo es también amor... El amor viene de Dios, y si al descender no encuentra ninguna resistencia, circula correctamente sin provocar quemaduras ni fiebre. El amor que quema es un amor que es frenado en su camino. Mirad un ejemplo análogo: estáis en la cama con fiebre; esta fiebre la producen las impurezas que dificultan la circulación de la sangre y de las fuerzas vitales, y lo que produce la fiebre es la lucha del organismo para eliminar esos obstáculos.

La energía sexual viene de arriba, y el problema estriba en devolverla hacia arriba, eso es todo; y ello será posible cuando no os preocupéis de buscar el placer, sino el trabajo. La des-

gracia de los humanos, repito, es que no han comprendido que la energía del amor no está destinada solamente al placer, sino que puede servir para despertar ciertas facultades que les permitirán hacer un trabajo psíquico, espiritual, de la mayor importancia, convirtiéndose en conductores de esta extraordinaria energía que transformará al mundo, que transmutará el plomo y la ceniza en oro, en piedras preciosas y en diamantes. Mediante la energía del amor se producirá esta transformación, no de otra forma. Buscad, pues, de ahora en adelante, la actitud, los pensamientos, los sentimientos, los proyectos adecuados para que esta energía divina pueda ser controlada y orientada.

Ha llegado el momento de comprender los misterios del amor en la luz, la paz, el equilibrio, el gozo, la admiración, y no en las grandes erupciones volcánicas. Preparaos para hacer un trabajo divino por la humanidad entera; es eso lo que el Cielo espera de vosotros: hacer un trabajo. ¿Qué hacéis con vuestro amor?... Sólo lo guardáis para vuestro placer, por eso esas energías se convierten en veneno. Pensad, a partir de ahora, en hacerlas regresar hacia su origen y decid: «Señor Dios, mira, yo consagro estas energías para Tu Gloria y la venida de Tu Reino...»

¿Cuántos son los hombres y mujeres que

piensan consagrar su amor al Cielo? Creen que los intercambios que hacen sólo les concierne a ellos. Si comen, lo hacen por sí mismos, y el Cielo no tiene nada que ver en ello. Sí, pero entonces es el Infierno el que participa. Porque ese «yo» que quieren satisfacer con la sensualidad, ya es una parte del Infierno. Suprimen el Cielo bajo pretexto de que lo que hacen es vergonzoso (pero entonces, ¿por qué lo hacen?), y que el Cielo no debe verles, pero ante el Infierno no se esconden, no tienen vergüenza, por eso el Infierno viene a comérselo todo. En cuanto a la Iglesia, tampoco ha explicado nada, se ha contentado con repetir: «Creced y multiplicaos», y todos se acoplan en las tinieblas para mayor gozo del Infierno. Se habla del sacramento del matrimonio, pero en realidad, aunque se casen siguiendo todas las reglas, hacen con su marido o con su mujer una orgía a la que invitan a todo el Infierno. Están juntos en la cama para probar todo tipo de posturas, para sentir la mayor cantidad de sensaciones posibles, para saciarse como los animales, ¡y es a eso a lo que se llama la santidad del matrimonio! ¡Pobre humanidad!

Yo comprendo que el lado físico del amor es importante, e incluso que éste pueda ayudar a encontrar el lado espiritual, pero es necesario considerarlo como un punto de partida, no

como un fin. Supongamos que sintáis una atracción física hacia un hombre o hacia una mujer: bien, en lugar de sumergiros dentro para ahogaros, utilizad esta atracción como una ocasión para ir muy lejos, para elevaros espiritualmente. Puede ocurriros también que al ver un espectáculo, al leer un libro o al hojear una revista, se produzcan en vosotros unas reacciones; en lugar de dejaros llevar y zozobrar, tomadlo como un punto de partida, un trampolín, e intentad elevaros tan alto en la contemplación divina que, cuando descendáis, os sorprendáis al ver las riquezas que acabáis de amasar, y cómo eso que os confundía os ha servido en realidad de estimulante, de ayuda y aliento para progresar.

Cuando sentís una sensación turbia, ¿por qué os abandonáis ciegamente sin saber dónde ir? Recordad que en la Ciencia iniciática se utiliza todo; por lo tanto, alegraos y dad gracias al Cielo diciendo: «¡Ah! ¡Qué suerte he tenido hoy, qué bendición! He aquí una situación en la que todo el mundo se desespera y sucumbe, y en la que yo tengo la posibilidad de triunfar. Gracias, Señor, he comprendido.» Y aplicáis los métodos que os he dado. De esta forma, os acostumbráis a triunfar en todo, nada puede confundiros ni venceros, os volvéis fuertes y poderosos, os convertís en divinidades. Pero no, nos dejamos llevar ciegamente, porque nos empujan...

Existen diferentes direcciones, y es preferible dejarse empujar hacia lo alto.

Este amor humano, ¿de dónde ha venido si no es de Dios mismo? Se dice que Dios es amor, pero no se sabe qué es este amor, y se separa el amor físico, el amor sensual, del amor divino. No, no hay separación: son grados, es la misma energía, la misma fuerza que viene de muy alto. No tenéis todavía suficiente luz en cuanto al número 1 que es indivisible, inseparable. Eso es el amor precisamente: el número 1, y es ese número 1 el que produce todos los demás; el 2, el 3, el 4, no son sino manifestaciones del 1, grados, formas del 1. Dios es 1, el amor es 1, Dios es amor. Todo lo que no es 1 es, en realidad, un aspecto del 1, por eso es necesario volver a la unidad.

Nosotros estamos en la multiplicidad, en la periferia, y cuando se habla del retorno a la unidad, eso significa que hay que retornar hacia Dios, hacia este amor que es 1. Cuando yo os digo que debemos lograr que torne el amor hacia el Cielo, es porque el amor debe retornar a su origen. No se ha comprendido lo que significa que Dios es amor, como tampoco se ha comprendido lo que significa la palabra «unidad» y que debemos retornar hacia la unidad. Pero para mí, ¡está muy claro! La unidad es Dios, Dios es amor, y es necesario retornar hacia este amor.

INDICE

I El Dragón alado 9

II Amor y sexualidad 15

III La energía sexual, condición de la vida sobre la tierra 47

IV Sobre el placer

I No busquéis el placer porque os empobrecerá 59

II Cómo reemplazar el placer por el trabajo 66

V Los peligros del tantrismo 79

VI Amad sin esperar ser amados 87

VII El amor expandido por todo el universo 97

VIII El amor espiritual, una forma superior de alimentarse 107

IX Un transformador de la energía sexual: el elevado ideal 119

X Abrir al amor un camino hacia lo elevado 131